Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Alex Towers

El planeta de la luna roja



Ramatre rasgó suavemente las cuerdas de su laúd, dejó inclinada la cabeza y sonrió a su amigo Vankro al concluir la canción solicitada.

—¿Cuántas veces te la he cantado? —inquirió enarcando una ceja con su característico gesto displicente—. Mejor dicho, la has escuchado, porque pienso que nunca captaste la letra. Por tus duros oídos sólo entraba la música, tal vez mi voz portentosa, pero era como el murmullo de un arroyuelo, el ruido delicado que sirve de fondo a un momento nada trascendental.



Alex Towers

El planeta de la luna roja

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 13

ePub r1.1
Titivillus 04.09.2019

Título original: *El planeta de la luna roja*
Alex Towers, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



EL PLANETA DE LA LUNA ROJA

ALEX TOWERS

1

Al escuchar la risa de Vankro, Isolda volvió la cara y le interrogó con un gesto por el motivo de su hilaridad.

El joven estaba sentado en el lecho, apoyada su espalda en la pared. Sonrió y tendió una mano para acariciar los cabellos dorados que Isolda peinaba despacio.

A la luz roja de la luna que se filtraba por la ventana, pensó Vankro, ella parecía un ser irreal, como una diosa surgida de las entrañas de un volcán. Soltó los cabellos y se le antojaron como si fueran una cascada de lava.

—¿Por qué sonríes? —preguntó ella al ver que Vankro no se había dado cuenta de su silenciosa demanda de explicación.

—Pensaba en Ramatre.

—¿En ese enredador? —Isolda agitó la cabeza y prosiguió con su peinado.

Hacía apenas unos minutos ella los había tenido revueltos. Vankro, como siempre, se había ocupado de despeinarla.

—Es poco gentil por tu parte tener la mente ocupada en tu amigo —dijo Isolda.

—No te ofendas. Es que ahora me gustaría saber componer una canción.

Ella soltó una risa queda. Le hubiera gustado reír más fuerte, pero las paredes, pensaba, podían no ser lo bastante gruesas para ahogarla.

—¿Tú componiendo unos versos? No puedo imaginarte con un laúd en las manos, en tus manos que sólo saben empuñar una espada o amartillar una pistola.

Vankro se deslizó sobre la cama y llegó hasta el extremo donde se sentaba la chica. Se inclinó y la besó en el cuello, tomándola por la cintura y apretándola contra su pecho. Ella se deshizo de su abrazo con poca energía, y él, sabiendo que la molestaría si cedía

tan pronto, no la soltó.

—No sólo sé acariciar las armas, ¿verdad? —bromeó Vankro.

—Deberías irte —susurró ella—. Amanecerá pronto.

Lo dijo con pocos deseos de que él la obedeciera.

—Créeme, cariño. Te contemplaba bañada por la luz roja de la luna y en aquel momento deseé tener el talento de Ramatre.

—Pues vas a necesitar también su cabeza dura si nos oyen. Por favor, no alces tanto la voz.

Vankro saltó de la cama y tomó sus calzas. Se paseó desnudo delante de ella, altanero, abombando el pecho, esforzándose para que su musculatura resaltase. Se situó delante de la ventana y preguntó:

—¿No me ves como un dios de la antigüedad?

—Más bien como un payaso —replicó Isolda, esbozando una sonrisa.

Vankro fingió enfado y se mostró ofendido en exceso.

—Pues hace un rato bien que no te parecía un cómico.

Ella suspiró, deslizó el peine entre sus manos y se puso a jugar con él.

—Vístete o vas a conseguir que mi padre se despierte. Si todavía no quieres casarte conmigo, márchate.

Peleó con las calzas para ajustárselas, maldijo entre dientes y terminó sentado en el suelo. Vankro alzó la mirada y contempló arrobado a Isolda. Ahora no fingía al componer una expresión de admiración. El joven y elástico cuerpo de ella era fascinante.

—Me gustaría quedarme —dijo.

—Oh, no. Ya está bien —replicó ella. Rodó por el lecho y se apropió del camisón que colgaba de una esquina de la cama—. Otra vez, no.

—¿Por qué no? ¿No lo deseas? No sería la primera vez…

—Es tarde —dijo Isolda lentamente—. Pronto saldrá el sol y la ciudad despertará. ¿Quieres que alguien te vea salir de mi casa? Por favor, Vankro, tú y yo tenemos un compromiso.

Vankro se mordió los labios. Sus relaciones con Isolda ya duraban un año. Cuando la iniciaron, los dos llegaron al acuerdo de mantenerlas en secreto hasta que él obtuviera la mayoría de edad. Entonces llegaría el momento de pedirle a su padre el permiso oportuno para solicitar la mano de su hija a Granfor, el comerciante

en ganado más rico de la ciudad, pero sin un ápice de nobleza en su estirpe.

La ausencia de antepasados con renombre en el linaje de la casa de Granfor era un inconveniente que aumentaba cada día que transcurría. Las alusiones de su padre a que debía buscar una chica entre la casta guerrera le estremecían.

Isolda fue consciente, cuando se entregó a él, de que eran muy remotas las posibilidades que tenía de que el Señor de Hongara accediera fácilmente a que su único hijo se desposara con una muchacha que no podía ofrecer al enlace otra cosa que una buena dote consistente en sólidas monedas, pero en absoluto nada de estirpe.

Ella no puso condiciones. Dijo claramente a Vankro que él era libre, tanto como ella, de abandonarla cuando quisiera.

Vankro siempre se rió de sus aprensiones, asegurándole que sería su esposa. Sin embargo, la inquietud le corría más agitada cada día en sus venas y le llenaba de turbación. Si al principio sólo se sintió atraído hacia Isolda por la pasión primitiva, ahora reconocía que estaba profundamente enamorado de ella.

A tan sólo dos semanas de alcanzar la mayoría de edad según la ley, Vankro intentaba armarse de valor para enfrentarse a su padre y decirle con firmeza que Isolda de Granfor era a quien quería como esposa y futura Señora de la ciudad y de todo el planeta.

Tal vez su madre se pusiera de su parte, aunque no estaba nada seguro. Carecía de datos para creerlo pero prefería imaginársela a su favor.

Concluyó de ajustarse las botas y tomó en un montón el resto de sus ropas. Miró a Isolda.

—Te digo ahora, cariño, que mi compromiso contigo es que siempre seas mía. Te lo juro por el Santuario.

Isolda sonrió y caminó hacia él. La transparencia de su bata silueteó su cuerpo.

Ella tropezó con una silla y la volcó. El ruido que se produjo resonó en el dormitorio y pareció convertirse en un eco atronador que recorrió toda la casa.

—Vete —gimió Isolda.

Vankro estuvo tentado de quedarse allí, y si no acudía nadie, tumbaría el armario o destrozaría algo, sacaría al viejo Granfor de

su pesado sueño y le haría ver que su hija era la amante de Vankro de Zhenland desde hacía doce meses.

Se imaginó que de esta manera quedaría solucionado todo, aunque de forma tempestuosa.

Pero recordó el compromiso con Isolda, su promesa de no permitir que nadie conociera su amor antes de que ellos lo decidieran. Se mordió los labios y luego besó a la chica fugazmente.

Justo en el momento en que se aproximaba a la ventana, escuchó ruidos en el pasillo, al otro lado de la puerta cerrada, y ésta, por exigencia del dueño de la casa, carecía de cerrojo.

—Dentro de dos semanas serás mi prometida, pero mañana por la noche volveré aquí —sonrió Vankro antes de pasar las piernas por el alféizar.

—Será si mi padre no suelta los perros —dijo Isolda. Le lanzó un beso con las manos y saltó a la cama, tapándose con la liviana sábana.

Se escucharon golpes en la puerta y Vankro, sujetando fuertemente sus ropas, saltó al techo de la casa. Desde allí corrió bajo la luz roja de la luna, agachado, hasta el muro de la propiedad del comerciante Granfor.

Estaba saltando el muro de mármol cuando se volvió y creyó ver una sombra moverse en la ventana del dormitorio de Isolda. Se preguntó si Granfor le había descubierto. No se detuvo a averiguarlo. La condenada luna de aquella noche arrojaba demasiada claridad. Corrió velozmente, alcanzó la siguiente casa, deshabitada, y desde ella se deslizó hasta la calle por las molduras de piedra.

Anduvo con pasos rápidos por la calle. Dio la vuelta a la manzana y pasó ante la entrada principal de la casa que acababa de abandonar. Se fijó en las luces. El viejo debía estar registrando las habitaciones.

Preocupado, Vankro se alejó de allí. Ahora que parecía realizarse el recóndito deseo de su subconsciente de que Granfor exigiera a su padre una reparación, le horrorizaba la violenta y a la vez ridícula situación que pudiera producirse.

Unos minutos más tarde llegó hasta la plaza y se dirigió hacia el palacio de mármol. La pareja de soldados montaba guardia arriba de los escalones de tinte rojizo. No le vieron cuando pasó lejos de

ellos, bajo las sombras de los arcos. Se deslizó por la pared lateral y se aseguró de que nadie le veía cuando empezó a trepar por las ranuras de las piedras que sólo él conocía. Si el jefe de Seguridad del palacio lo averiguaba, no tardaría en ordenar que os albañiles tapasen lo huecos.

Algún día, se dijo Vankro mientras jadeaba en su ascenso, sería descubierto por la ronda, y cuando ocurriese tendría que buscarse una buena excusa.

De todas maneras, pensó, dos semanas transcurrían pronto. Pasado este tiempo, dejaría de verse a escondidas con Isolda. Recordó de pronto que aquella noche el viejo Granfor pudo haber descubierto algo. Quizá estuviera ahora despotricando, incluso golpeando a su hija para que le dijera el nombre de su amante si le hubiera visto saltar de un tejado a otro convertido en una sombra.

Vankro saltó a la terraza que conducía al salón principal del primer piso. Se acurrucó junto a la puerta entornada y se juró en silencio que si el viejo se atrevía a pegar a Isolda se iba a arrepentir.

Luego, seguro de que nadie cruzaba por el salón en tinieblas, empujó las puertas y caminó deprisa por el piso de mármol celeste.

Llegó a su dormitorio y cerró, lleno de alivio, la puerta tras su espalda. No era que tuviese ningún miedo de ser visto de regreso de su correría nocturna. Podía dar cualquier explicación, decir que había estado bebiendo con algunos amigos y acompañado de cortesanas. Su padre lo entendería. Un chico a su edad debía divertirse además de ejercitarse cada día en el arte de las armas o pasar tediosas horas de estudio. Pero a Vankro le irritaba mentir y aludir a una cita con alguna prostituta cara. Había estado con Isolda y le parecía que la ofendía de esta manera.

Isolda cumpliría la mayoría de edad tres meses después de que él cumpliera los diecisiete años. Para entonces ya estarían prometidos, seguro. Si sus padres no accedían, estaba dispuesto a marcharse de la ciudad, a renunciar a sus privilegios. Claro que no tendría que llegar a medidas tan extremas. ¿Por qué no podían resolverse las cosas a su plena satisfacción? Isolda era una muchacha encantadora, a pesar de todo, de que su padre sólo fuera un comerciante.

Vankro tenía a sus progenitores en alta estima, consideraba a su padre, el Señor Varan de Zhenland, como un hombre inteligente y

sencillo, llano y bastante democrático en las relaciones con los ciudadanos.

Aceptaría a Isolda.

Tumbado en la cama, con la cabeza apoyada en las manos, se dijo que él había sido un tanto estúpido al dejarse contagiar con las aprensiones de Isolda. Ella había temido siempre que su condición media en la sociedad de Hongara no fuera suficiente para allanarle el camino hasta el palacio del Señor Varan.

¿Por qué la había hecho caso?, se preguntó una vez más.

Vankro se agitó inquieto en la cama, molesto porque el sueño no llegara de forma fulminante y los pensamientos dejasen de atosigarle.

A veces, la sonrisa de Isolda dejaba paso a una expresión triste y melancólica que él nunca supo interpretar. Ella le ocultaba algo, un pequeño o gran secreto que no quería confiarle.

¿Qué se interponía entre ellos para que Isolda nunca se cansara de aumentar los inconvenientes que en realidad eran pequeños, nimiedades?

Al fin terminó sumergiéndose en el sueño que anhelaba.

Pero tuvo pesadillas, extrañas escenas producidas por su subconsciente que le impidieron descansar como necesitaba.

2

Escuchad ahora la historia
que bien quisiera narraros.

Tal como a mí me viniera
he de seguiros contando.

Acudieron de Poniente,
donde el sol es rojo y bravo.

Y a mil veces, mil,
las hordas de demonios derrotaron.

El fiero Señor de Zhenland unió
a tres pueblos hermanos.

Y hoy bajo la Ciudad de Hongara
el misterio está aguardando.

Que salga desde el subsuelo
el poder de los humanos.

Ramatre rasgó suavemente las cuerdas de su laúd, dejó inclinada la cabeza y sonrió a su amigo Vankro al concluir la canción solicitada.

—¿Cuántas veces te la he cantado? —Inquirió enarcando una ceja con su característico gesto displicente—. Mejor dicho, la has escuchado, porque pienso que nunca captaste la letra. Por tus duros oídos sólo entraba la música, tal vez mi voz portentosa, pero era

como el murmullo de un arroyuelo, el ruido delicado que sirve de fondo a un momento nada trascendental.

Vankro dejó de mordisquear la ramita y cerró los ojos al dirigirlos hacia el sol que se deslizaba a su ocaso.

El día había resultado caluroso, agotador para él.

Le costó mucho levantarse aquella mañana y acudir a la clase de esgrima. Lujan, su profesor, le regañó con acritud y lo llamó holgazán. Como castigo le propinó más mandobles de la cuenta y le amenazó con contarle a su padre el escaso interés que ponía, hecho que era frecuente los últimos días.

Más tarde, su profesor de Ciencias también estuvo enfadado a causa de la poca atención que prestaba a sus lecciones.

Sólo cuando se reunió con su amigo Ramatre se sintió mejor, más relajado. Encontró al trovador en el habitual rincón de la muralla, donde iba a buscar la inspiración, según decía con sorna. Lejos del centinela que paseaba aburrido, los dos compañeros solían hablar allí hasta que la noche llegaba y se encendían las luces de los faros y las antorchas de las calles y plazas.

Vankro había escuchado a Ramatre cantar la vieja canción y de pronto captó algo extraño en ciertos versos que hasta entonces le habían pasado desapercibidos y le rogó que se la repitiese.

—¿Quién la compuso? —preguntó, sin hacer caso a las palabras burlonas del trovador.

—Mi padre, por supuesto. Fue el más grande cantor de las gestas de tu fiero padre —sonrió Ramatre.

Pulsó una cuerda y ahogó su sonido con brusquedad.

—¿Lo crees fiero? —Le increpó Vankro—. Exageraciones de poeta, una licencia de tu padre, algo cómoda.

—No todo en esa canción es exagerado. Hay mucho de cierto.

—Veamos: «Acudieron de Poniente, donde el sol es rojo y bravo» —recitó Vankro—. Sí, eso es verdad. Los pueblos llegaron del Oeste, huyendo de los demonios khrislos. Sin embargo, ¿eran mil veces mil los seres que les hostigaban mientras corrían a refugiarse en esta ciudad abandonada y misteriosa?

Ramatre se encogió de hombros. Se rascó su pelo negro y ensortijado. Dedicó una mirada a su amigo, algo lánguida y burlona.

—Quienes vivieron aquel día, cuando llegaron las hordas a estas

murallas, temieron que los demonios alcanzaran su borde trepando por los cadáveres de sus hermanos de raza malvada que fueran muertos por los defensores.

—Un millón de demonios —murmuró Vankro—. Ellos eran diez por cada humano que se refugió aquí.

—Y eso contando a los ancianos y los niños —apostilló el poeta.

—Pero no llegaron a atacar.

—No. Eso lo sabe todo el mundo.

—Murieron a pocos metros de las murallas.

Ramatre golpeó la madera de su laúd. Con voz pomposa, dijo:

—Las murallas de Hongara obraron el milagro de detener a los khrislos.

—Tonterías. Mi madre mató al guardián de la ciudad y movió la palanca que privó de la vida a los demonios.

—Ajá. Los campos alrededor de la ciudad se cubrieron de nauseabundos cadáveres —exclamó Ramatre—. Durante semanas los hombres cavaron fosas y quemaron esa carroña. El olor enfermó a cientos de personas y muchas mujeres abortaron.

Al referirse a este suceso, Vankro recordó que él había sido uno de los varios niños que nacieron en la ciudad. Su madre ya le llevaba en el vientre cuando se inició la retirada de las viejas y pequeñas ciudades que ocuparon los tres pueblos humanos que habitaban en la Zona Central del planeta. No comunicó nada a su esposo Varan hasta que se sintieron libres del peligro, a salvo en su nuevo hogar, la extraña ciudad, pero acogedora, que heredaron sin otro derecho que el de ocuparla.

Ramatre era cinco años mayor que Vankro y contaba con cuatro cuando entró en la ciudad, arrastrado de la mano por su padre, el trovador. Por supuesto no recordaba nada de lo ocurrido hacía diecisiete años, pero su fantasía suplía su carencia de testimonios directos. Además del laúd, Ramatre había recibido, como única dote, las canciones de su padre, que repetía en cada actuación, acompañándolas con algunas de su propia cosecha.

—«El fiero Señor de Zhenland unió a los tres pueblos hermanos». —Recitó Vankro, haciendo gala de su buena memoria—. ¿Qué opinas tú de eso?

—No culpes al autor de la canción, a mi padre. Él debió suponer que después de la aventura, de cien días de huir por la franja

habitable, hostigados siempre por los demonios, Varan de Zhenland lograría unir para siempre a las tres comunidades, una vez desaparecido su rival Forjian de Cianlan. ¿Quieres que te cante la canción que proclama a los cuatro vientos la traición que llevó a cabo Forjian?

Vankro negó vigorosamente con la cabeza, Era un tema que prefería no tocar. Había escuchado a menudo los rumores que corrían por la ciudad, las historias, más o menos verídicas, acerca de la pasión que sintió Forjian por la hermosa Alehja, su madre, y por cuya causa enloqueció y se convirtió en un traidor para los humanos.

—Esta ciudad no está tan unida, como se afirma en tu verso —dijo pesaroso.

—Oh, sólo se trata de un pequeño grupo, los viejos adictos incondicionales de Forjian. Un puñado de nostálgicos. Ellos no son fieles a la memoria del Señor de Cianlan, sino que utilizan su nombre como bandera para hacerse con el poder, para enriquecerse. Pero no valen nada y jamás encontrarán el menor eco de rebelión en la gente, ni siquiera entre sus antiguos compatriotas. La mayoría está conforme con que sólo haya un Señor: tu padre.

Con la muerte súbita del tercer Señor de Hongara, el de Ordlan, padre de su madre, no existía ningún aspirante a desafiar la autoridad de Varan. Pero Vankro pensaba que jamás debía menospreciar a nadie. Aunque escasa, la oposición a su padre era digna de ser tenida en cuenta.

—¿Qué esperas? —preguntó Ramatre.

—¿Eh?

—Vamos, ahora te toca repetir el penúltimo verso. ¿Lo has olvidado? ¿No quieres que te lo comente?

Vankro dijo:

—«Y hoy bajo la ciudad de Hongara el misterio está aguardando». Mis preceptores siempre eludieron el tema, y mi padre, a fuerza de insistirle mucho, me contó una especie de cuento para niños. ¿Qué sabes tú?

—Más que muchos porque mi padre, además de ser el mejor trovador de todos los tiempos, era un curioso sagaz. Aprovechó la confusión de los primeros días y en una ocasión se escurrió entre la guardia que puso tu padre y entró en los sótanos del palacio, no el

que ahora habitáis los gobernantes de la ciudad, sino otro que siempre ha permanecido cerrado a cal y canto.

»Mi padre, curioso él como ya te dije, fue testigo de la mayor torpeza de esos tipos que se creían sabios y sólo componían un grupito de manazas. Sin encomendarse a Dios ni al Diablo, uno de ellos hizo algo y… ¡Zas! Cien metros de las murallas se hundieron en el suelo y quedaron a su nivel. ¡Horror!, exclamó todo el mundo. Las maravillosas murallas de Hongara ya no eran teóricamente invulnerables —Ramatre chasqueó burlonamente la lengua—. Y esos burros que se autollamaban científicos no fueron capaces de encontrar la llave que debía volverlas a elevar. Tu padre, prudente él, ordenó que nadie tocase nada más, y mandó que se cerrasen los accesos del sótano. Ni las súplicas de tu madre, la inteligente Alehja, consiguieron hacerle desistir de su decisión.

»Varan dijo entonces, y sigue diciendo ahora, que la gente de Hongara sólo tendrá vía libre hacia los aparatos misteriosos cuando alcance el grado de sapiencia necesario.

Vankro sintió que su cuerpo se tensaba. Quizá el padre de Ramatre había querido dejar un testimonio más trascendental en su canción que una simple referencia a un suceso acontecido diecisiete años atrás. Si había presenciado algo que ocurrió en los sótanos del palacio que nunca fue habitado, al menos por los humanos que llegaron a la ciudad huyendo, era posible que su deseo fuera transmitir un mensaje. Lamentablemente el viejo trovador había muerto hacía cinco años, pensó el joven.

—¿Qué pretendió decir al escribir: «Que salga desde el subsuelo el poder de los humanos»?

Ramatre lo miró con pesar.

—Qué poco te han debido enseñar tus profesores —suspiró—. Te han educado como a todos los jóvenes que tienen ahora tu edad: en la ignorancia de la verdad.

—La gente siente miedo al pasado. Eso pienso.

—Pero mucho más al futuro —Ramatre se paseó por la muralla y extendió las manos en dirección al interior del recinto—. Cada familia goza de una casa espléndida. Hay sitio para todos, incluso para nuestros descendientes durante mil años. Sin embargo, la gente no parece feliz a veces. ¿Por qué? Aparentemente carece de razón para cultivar su pavor por los días venideros. Hay comida de sobra

y las viejas rencillas, los duelos y las muertes violentas han desaparecido desde que moramos en esta ciudad. ¿Qué pasa? —Dímelo.

—Sólo te puedo decir lo que pienso, que no es la verdad. Hace mil años, la gente que habitaba en esta ciudad huyó porque el clima cambió. Pensaron regresar cuando todo volviera a la normalidad y dejaron a unos de ellos que vigilaran todo. Ocho siglos más tarde, arribó una gran y destartalada nave de un lugar situado a mil millas de aquí…

—El Santuario, no lo olvides —dijo Vankro.

Ramatre, contrariado por la interrupción, asintió gravemente y añadió:

—Eso es: el Santuario. Actualmente queda muy poco de esa reliquia porque los fugitivos arramblaron al pasar junto a él con el resto del metal que seguía sujeto a su armazón. De la vieja nave que transportó a los tres pueblos a este mundo, huyendo de un peligro que nadie recuerda, apenas permanecen unas vigas desoladas. Pero sigue siendo el Santuario, el lugar sagrado para nosotros situado al Oeste, hacia donde corre el sol diariamente, por donde ya nadie quiere volver.

—Temores plebeyos —se mofó Vankro—. Los demonios surgieron del Norte Tenebroso y ya no queda ninguno en Hongara; fueron traídos a este mundo desde otro muy lejano por el único superviviente de los vigilantes que quedaba en la ciudad.

—¡Bravo! —Aplaudió Ramatre—. No eres tan ignorante como me temía. ¿Sabías también que tu madre fue quien encontró el sótano y desbarató el plan de ese vigilante loco, miembro de la raza de los laninkos, que pretendió masacrar hasta el último humano de Hongara a pesar de que él era un ser humano?

—Sí, claro…

Ramatre siguió:

—Tu padre no fue muy sagaz al negar a tu madre que siguiera investigando en los sótanos; ella jamás habría cometido la torpeza que cometió aquel científico imbécil que provocó el hundimiento de cien metros de estupendas murallas.

Esa parte de las murallas, desde hacía tres lustros, se pretendía sustituir por otras. Vankro sabía que actualmente apenas alcanzaba ocho metros y las obras parecían eternizarse.

—Un mecanismo interno y misterioso controlaba las murallas —dijo Ramatre con súbito entusiasmo en su voz—. ¿Te lo imaginas? ¿Qué otras maravillas se esconden en el subsuelo? En este mundo había naves, las mismas que el vigilante loco envió a un planeta a buscar a los demonios para que nos borraran de la superficie de éste. Unos dicen que se quedaron en el Norte tras desembarcarlos y otros que regresaron al espacio para perderse para siempre. ¿Quién sabe la verdad si no se investigó? Todo ha quedado sepultado, sofocado por la estúpida superstición.

Vankro comprendió que Ramatre estaba censurando la actitud de Varan y se sintió incómodo, pero incapaz al mismo tiempo de rebatirle nada.

Ramatre le permitió pensar porque permaneció en silencio un rato después de su perorata. Vankro encontró un argumento en defensa de su padre y dijo:

—¿Qué me dices de las cargas para las pistolas láser? Mi padre, antes de sellar el sótano, permitió que se sacaran todas.

—Verdad —asintió Ramatre con una inclinación ceremoniosa de cabeza—. Y tú recibirás dentro de catorce días tu arma, que lucirás orgulloso sujeta a la cintura.

Vankro sonrió. Uno de los placeres que iba a gozar era recibir en propiedad una pistola y varias preciadas cargas. Como hijo de Varan y futuro Señor de la ciudad de los tres pueblos, tenía derecho a un láser, algo que pocos poseían, tan sólo los más cualificados guerreros.

Trató de olvidar que para aquella fecha, que debía ser gozosa, tenía una cita consigo mismo: la promesa que se había hecho de plantear en la familia su deseo de desposarse con Isolda.

Ramatre dijo:

—Se hace tarde. Es hora de que nos separemos.

Vankro se hizo el sordo y el trovador soltó una carcajada.

—¿Es que no quieres regresar al calor del hogar? —Preguntó con picardía—. Vamos, hombre, te aseguro que el viejo Granfor no ha visitado esta tarde a tu padre ni lo hará.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vankro. Se había levantado de la piedra, que era su asiento en aquella parte de la muralla, como si le hubiera mordido una serpiente.

Había creído que sus relaciones con Isolda eran ignoradas por su

mejor amigo. En cierto modo se sintió avergonzado por no haberle confiado su más íntimo secreto.

Ramatre no se merecía semejante falta de sinceridad.

—Cálmate —le pidió el trovador—. Anoche yo paseaba cerca de donde vive Granfor y miraba al cielo. Había visto una luz correr por la bóveda.

—No sabía que te interesaran las estrellas fugaces.

—De ninguna manera se trataba de una estrella. Se movía demasiado lentamente. Bueno, pero el caso es que yo tenía la mirada levantada y vi cierta sombra conocida saltar de una ventana.

—¿Me reconociste?

—La luna arrojaba su luz de sangre más fuerte que nunca. ¿Cómo no iba a saber que eras tú el corredor nervioso?

Vankro no supo qué decir. Se quedó mirando a su amigo.

Ramatre, como solía hacer frecuentemente para enfurecerle, cambió de tema.

—Esa luz era singular, amigo mío —dijo pensativamente—. Me pareció que surgió de detrás de la luna, se mantuvo suspendida en el cielo un rato y luego cambió de curso para dirigirse al Norte. No, no podía ser un meteorito.

—¿Por qué has dicho que Granfor no ha hablado con mi padre ni le hablará?

—¿Eh? —Ramatre giró la cabeza—. Ah, olvídalo. ¿Qué te preocupa?

—Está bien, ya lo sabes. Ya sabes lo de Isolda. ¿Qué hizo su padre después de que yo me marchase?

—Nada, creo. En la casa se encendieron las luces…

—Eso lo sé. ¿Y luego?

—Se apagaron enseguida, apenas tú doblaste la primera esquina —el gesto indiferente del trovador se esfumó y surgió otro que era grave—. Cuéntame, Vankro, ¿qué piensas hacer?

Vankro le dijo lo que iba a hacer dentro de catorce días.

—Eres valiente —comentó muy serio.

—No le temo a mi padre. ¿Por qué iba a temerle?

—No me refiero a la reacción de Varan.

—¿A qué?

Ramatre se echó el laúd a la espalda. Empezó a caminar hacia la

escalinata para bajar de la muralla.

Vankro lo alcanzó y le exigió que le explicara lo que supiera.

El centinela se acercaba muy despacio. Todos los vigías sabían que aquel lugar era frecuentado por el hijo del Señor y su singular amigo el trovador y no les extrañaba lo más mínimo. Por eso su actitud era de indiferencia al verlos. Pero Ramatre no quiso contestar hasta que estuvieron lejos de él, camino del palacio.

—Quizá deberías esperar un poco, un año o dos.

Vankro se enfureció.

—Pareces el hermano de Isolda. Hablas como ella.

El poeta le miró de soslayo.

—Isolda es inteligente. ¿Por qué no le haces caso? ¿No te ha pedido que esperéis?

Vankro se mordió los labios. Apresuró el paso para mantenerse a la altura de Ramatre, a quien parecía haberle entrado una prisa súbita.

—Yo conozco las razones de ella, pero ¿y las tuyas?

—No tengo ninguna. Ha sido un comentario.

—Lo has dicho convencido…

—Ea, mañana seguiremos con esta discusión —Ramatre trató de sonreír y apenas logró dibujar una mueca con sus labios—. Si eres listo, dejarás que el tiempo lime asperezas. ¿Por qué no sondeas primero a tu madre?

—¿Acerca de qué?

—Hombre, de Isolda por supuesto. Si me equivoco y ella te sonríe comprensiva, dímelo mañana.

Vankro se detuvo y dejó que su amigo se alejara unos pasos. Sabía que cuando Ramatre quería no había quien le sacara una palabra que deseara mantener sepultada.

—¿A qué viene tu bulla?

Ramatre señaló las estrellas que empezaban a surgir en la incipiente noche.

—Voy a buscar un observatorio. Confío en volver a ver la misma luz de anoche. Sólo la luz, ¿eh? Ya sabes a qué me refiero. No saltes por ahí como un tonto, no esta noche.

Era un buen consejo, pensó Vankro mientras echaba a caminar hacia el palacio. La gente que se cruzaba con él le saludaba con afecto, pero apenas respondía, tan ensimismado se hallaba con sus

pensamientos.

De todas maneras, Ramatre tenía razón: no debía acudir aquella noche al dormitorio de Isolda, no cuando podía encontrarse con un desvelado Granfor que pretendiera atrapar al ladrón que creyó ver rondar su casa el día antes.

Volvió a recordar las palabras del trovador y le parecieron extrañas y sin sentido. Pero Ramatre jamás decía nada sin sentido. ¿Por qué quería saber si su madre sonreía al contarle él su amor por Isolda? ¿Es que era extraño que no le pareciese anormal su deseo? Era un dato para Ramatre que a Vankro se le antojaba de poco valor, aunque quizá para el poeta, con su enrevesada lógica, significara algo.

3

Los días siguientes transcurrieron tediosos para Vankro. Ya eran tres noches las que dormía solo, inquieto. Sólo había visto en una ocasión a Isolda de lejos, acompañada de su severo padre. Intercambiaron un saludo protocolario y Granfor lo miró de forma inescrutable.

Asistió, como era su deber, a una reunión del Consejo que presidía su padre. En esta clase de reuniones se limitaba a escuchar y a permanecer silencioso. Aquella mañana, sentado a la diestra del Señor Varan, pensó que pronto iba a gozar del privilegio del manifestar sus opiniones delante de los ediles, científicos y cargos militares de la Nación, y se preguntó enseguida qué podía decir él entonces. Seguramente seguiría tan callado como siempre, decidió con amargura.

El edil principal, o alcalde, leyó su memoria acerca de la situación sanitaria de la ciudad. Propuso a continuación que se dictara una ley para que cada familia avisara a las autoridades antes de ocupar una nueva casa. El alcalde temía que la gente se esparciera demasiado en una urbe donde podían aposentarse más de un millón de personas, y en la actualidad eran apenas ochenta mil las que sumaban en el censo.

La propuesta del alcalde fue aceptada por unanimidad. El tesorero explicó el balance mensual. La economía marchaba según las previsiones y el aumento de impuestos no se preveía muy grande para la próxima estación invernal. La acuñación de la nueva moneda, con una aleación de metales ligeros, aluminio y cinc iba sustituyendo a la antigua labrada en porcelana.

—Soy de la opinión —siguió diciendo el tesorero— de destinar algunas toneladas del acero que obtuvimos de las armas de los khrislos para acuñar una nueva serie de mayor valor liberatorio, Señor.

Varan, el Señor de Zhenland y conocido ahora como Señor de Hongara, negó con la cabeza y explicó a continuación:

—Esas reservas constituyen nuestra fuerza, tesorero.

—Las nuevas monedas son muchísimo mejores que las viejas de porcelana, Señor, pero acabarán desgastándose —el hombre sonrió nostálgico—. Y pensar que una vez nuestros antepasados manejaron piezas de oro y paladium… Bueno, algún día volveremos a imprimir billetes, como se hizo hace miles de años en alguna parte.

Para el nuevo pueblo de Hongara, constituido por los tres primitivos que llegaron al planeta, resultaba mortificante en cierta manera ignorar de dónde llegaron sus antepasados y por qué motivo huyeron en una nave poco segura. A Varan no le complacía que se aludiera a menudo a aquel tema. La mirada del tesorero, cuando se refirió a las monedas de oro, se posó en la empuñadura de aquel metal de la espada de Varan. Era la espada que arrebató a Forjian después de que lo matara y en ella estaba una gran parte del más noble metal que existía en todo el planeta.

Varan deseó cambiar de tema y miró a su general Lujan para que le diera el informe del Ejército.

Lujan, con gesto aburrido —siempre se cansaba en las reuniones del Consejo— dijo:

—Dadas las circunstancias, la disciplina es buena. Pero los soldados se cansan. Me refiero a los que hacen la milicia obligatoriamente —sonrió con ironía—. Quienes cobran la paga de tu guardia, Señor, no protestan. Pero entre la tropa regular hay muchachos de procedencia campesina que preferirían estar en sus granjas ayudando a sus familias.

Varan escrutó a su viejo amigo y lugarteniente. Presumía que seguidamente iba a proponerle que licenciara parte del reducido Ejército. No quería darle la oportunidad de volver sobre un tema que prefería no tocar.

Pero Lujan, ahogando un bostezo, se apoyó sobre la mesa de madera ennegrecida y dijo:

—En estos tiempos de paz, cuando no es presumible una guerra contra un enemigo externo —recalcó las últimas palabras y todos debieron comprender que se refería al grupito de viejos seguidores de Forjian—, es costoso mantener a tantos soldados que darían más provecho trabajando la tierra o en las industrias. Yo…

—Lujan —le interrumpió Varan—, las murallas son demasiado extensas y necesitamos centinelas que las vigilen. Ya mantenemos el mínimo que podemos permitirnos.

—¿Quién se acercaría a atacarnos, querido amigo? —sonrió Lujan.

Varan no quiso responderle. Si una vez habían tenido que sufrir la grave amenaza que significaron los khrislos, ¿por qué no suponer que podía surgir otra parecida o peor?

—Estudiaremos tu propuesta después del invierno —dijo.

Lujan se encogió de hombros. Al parecer no esperaba mejor acogida a su iniciativa. Su mirada se cruzó con la del joven Vankro. El heredero de Varan le dijo un día que no comprendía que un general como él quisiera reducir su Ejército, a lo que Lujan le contestó que él no era un general cualquiera y obtuso de mente, sino un guerrero que siempre estaba dispuesto a empuñar las armas para defender a su Patria y no a arruinarla con un presupuesto elevado para la manutención de un puñado de individuos cada vez más vagos.

Los planes de Lujan eran que cada ciudadano fuera un guerrero en tiempos de peligro y un trabajador en los períodos de paz, que cada cual tuviera las armas guardadas en su casa y sólo prestara servicios de vigilancia dos o tres días al mes, además de los que se establecieran para los ejercicios bélicos.

A Tahorlya, un hombre mayor, jefe de los científicos, le tocó su turno y dijo con voz cavernosa:

—Las prospecciones mineras han dado resultados negativos, Señor. Apenas hemos localizado unas pequeñas vetas de hierro y níquel, muy poco rentables.

—Leí tu informe, Tahorlya… —asintió Varan—. Creo que deberíamos explotarlas y que el erario de la ciudad aporte los gastos suplementarios. Necesitamos todo el metal que sea. ¿Algo más?

Varan conocía que no gozaba de muchas simpatías entre la casta de los científicos. De eso hacía ya diecisiete años. Algunos de los que soportaron su enfado, cuando cien metros de las murallas se hundieron en el suelo, aún vivían y tenían grabados en sus mentes los insultos que aquel día les lanzó un Varan furioso.

Tahorlya señaló a un joven discípulo que permanecía sentado detrás de él, muy quieto y silencioso. Se llamaba Kordo y su mirada

resultaba inteligente a pesar de que se mostraba algo nervioso.

—Señor, me he permitido traerle —dijo Tahorlya— porque fue testigo hace cuatro noches de un acontecimiento importante. Si lo permites, te explicará lo que vio.

Varan sólo sabía que el llamado Kordo acompañaba al científico a petición de éste, pero ignoraba de qué trataría su informe. Curioso, asintió con un gesto para darle permiso y que hablase.

Kordo carraspeó y enrojeció levemente. Vankro comprendió que el muchacho, que tendría aproximadamente su edad, estaba un poco azarado al hallarse entre tanta gente importante de la ciudad. Pero cuando Kordo empezó a hablar perdió su timidez enseguida y, con firmeza en sus palabras, explicó:

—Mi maestro Tahorlya me pidió aquella noche quedarme en el observatorio, Señor. No hice lo que él me mandó, que era limpiarlo todo. Antes de empezar con mi deber me distraje un momento mirando el cielo a través del telescopio.

—Me lo confesó y yo le perdoné, Señor —explicó Tahorlya.

—Está bien. Sigue, muchacho —le animó Varan con una sonrisa.

Tras un nuevo carraspeo, ahora más leve, Kordo dijo:

—Siempre me ha gustado mirar la luna roja y lo estaba haciendo cuando vi que una luz bajaba de ella. El meteorito, pues no era otra cosa, brilló intensamente al entrar en la atmósfera y trazó una línea azulada en el firmamento. Yo corrí a buscar papel y lápiz para apuntar su trayectoria, y cuando miré de nuevo temí haberlo perdido, pero lo descubrí muy cerca ya del horizonte, a punto de caer. Tomé los datos que pude y se lo comuniqué a mi maestro a la mañana siguiente.

—Sí, es muy interesante —asintió Varan—. Son escasos los meteoritos que caen cerca de la ciudad —miró a Tahorlya—. ¿A qué distancia calculas que se estrelló?

—Al norte, Señor, a unos doscientos kilómetros, mucho más allá de la línea de granjas y del último puesto de vigilancia —respondió el astrónomo—. Nuestro elemental sismógrafo captó una débil señal. Debe ser un meteorito cargado de minerales.

—¿Qué sugieres?

—Te pido tu permiso para que yo organice una expedición.

—¿Científica?

A la vez que había preguntado a Tahorlya, Varan miró

interrogadoramente a Jartha, el jefe de Policía. Quería conocer la opinión de éste, ya que era su cometido la seguridad de todos los ciudadanos y quien debía organizar la expedición y dotarla de una escolta.

Jartha, un individuo taciturno, perteneciente al pueblo de Cianlan, se humedeció los labios y respondió:

—Serían necesarios varios días para prepararla, Señor, y creo que en ir y volver tardaríamos, contando con el tiempo que estaríamos buscando en esa zona tan árida, casi un mes. Demasiado a mi entender, teniendo en cuenta que sólo nos basamos en una hipótesis, en cálculos efectuados por un aprendiz de astrónomo. Me pregunto si valdrá la pena el esfuerzo para encontrar sólo un cráter, el meteorito desperdigado. Lo más probable es que volviéramos sin un gramo de metal —sonrió con esfuerzo y evitando la mirada enfadada de Tahorlya—. Si hubiera visto la caída el maestro… Pero sólo lo vio el chico.

Kordo palideció y empezó a abrir la boca, pero de sus labios no surgió la menor protesta.

—¿Qué quieres decir, Jartha? —preguntó Tahorlya.

—No hay testigos.

—Sí —dijo Vankro.

Su padre se volvió para mirarlo lleno de reproche. ¿Cómo se atrevía a hablar en el Consejo sin haber recibido el permiso?

Tahorlya se inclinó sobre la mesa y preguntó a Vankro con ansiedad, sabiendo que el hijo de Varan podía ayudarle a conseguir la ayuda precisa para organizar la expedición.

—¿Tú lo viste esa noche?

Vankro pensó que debió haber mantenido cerrada la boca, pero ya era tarde para volverse atrás y dijo:

—Ramatre observó la luz, y me extraña que no exista otra persona que también fuera testigo, ya que la noche era muy clara.

—¿Quién es ese Ramatre? —preguntó Jartha con tono despectivo.

Un edil soltó una risita.

—Lo conozco. Vive en mi Distrito. Ramatre es un trovador, como lo fue su padre. Un vago, vamos. Cumple más mal que bien con los trabajos obligatorios y se gana la vida cantando en las fiestas o apostado en una esquina cerca del mercado.

—Esos artistas acostumbran a emborracharse a menudo —dijo Jartha—. Lamento decirte, Vankro, que tu testigo pudo haber avistado muchas luces esa noche, y ninguna en el cielo.

—Ramatre no es ningún borracho y goza de una vista perfecta —replicó Vankro con acritud. Nunca le había gustado Jartha y ahora empezaba a aborrecerlo.

—Lo cierto es que nunca ha causado problemas en la calle —intervino el edil del barrio donde vivía Ramatre—. Ni tengo noticias de que se le hubiera encontrado beodo en el arroyo.

Varan alzó una mano para cortar aquella discusión.

—Creo que no perderíamos demasiado si enviáramos una expedición, tal como nos pide Tahorlya —miró a Jartha—. ¿No crees que sería conveniente disponerlo todo cuando antes? Me gustaría que estuvieran de regreso para antes de la cosecha.

Jartha rumió algo entre dientes. De un vistazo comprobó que sus demás compañeros del Consejo no tenían nada que oponer a la petición de Tahorlya. No quiso encontrarse solo en la oposición. De haber conocido la intención del maestro astrónomo habría dispuesto de más ayuda. Varios consejeros tenían mucho que agradecerle y no le habrían negado su apoyo.

—Así se hará, Señor —dijo Jartha con una sonrisita.

Varan preguntó si quedaban más temas para tratar en el Consejo. Como nadie habló, dio por levantada la sesión y pidió a su hijo que le acompañase. El Señor de la ciudad se retiró de la sala sin esperar más, tras saludar a los consejeros.

Vankro se incorporó pesadamente de la silla. Resignado, se dispuso a seguir a su padre, seguro de que iba a recibir una reprimenda por su comportamiento. Pero Tahorlya le cogió de un brazo.

—Por favor, pide a tu amigo Ramatre que vaya a verme esta noche a mi casa.

—¿Para qué?

—Si está libre este mes de cualquier obligación con la ciudad, podría contratarle.

—¿Quieres decir que te acompañe a la expedición?

—Eso es. Sus conocimientos me servirían de mucha ayuda, si como pienso él lo vio todo.

—Claro que sí —Vankro estaba impaciente por reunirse con su

padre. Si le esperaba enfadado, como temía, una tardanza por su parte podía ponerlo de peor humor—. Por cierto, Ramatre me dijo que la luz no cayó directamente, sino que se detuvo un momento en el cielo.

Kordo, hasta entonces oyente silencioso al lado de su maestro, torció el gesto y dijo:

—Si cree haber visto eso rae temo que no goza de buenos ojos.

Vankro intentó mirarlo con simpatía.

—Tú no lo observaste todo. Te apartaste del telescopio para buscar papel y lápiz. Quizá ocurrió entonces.

—Es igual —dijo Tahorlya—. Dile que me busque, por favor.

—Lo haré, sí —asintió Vankro, y echó a correr por el pasillo en busca de su padre.

Lo encontró en un saloncito, sentado junto a una mesa y sorbiendo un té aderezado con menta.

—¿Lo de hoy ha sido un ensayo para cuando tengas voz y voto en el Consejo? —le preguntó con una sonrisa irónica en los labios.

Vankro comprendió que su padre no estaba tan irritado como temía. Resopló levemente y se acercó a la mesa. Se sirvió un poco de té pero no le añadió menta.

—Se me ocurrió que me gustaría ir en la expedición —respondió rápidamente. En realidad no lo pensó entonces, pero ahora le parecía buena la idea, sobre todo si Ramatre accedía a emplearse por algún tiempo con Tahorlya.

—De ninguna manera. No creo que te hayas olvidado de que dentro de once días serás nombrado oficialmente miembro del Consejo al alcanzar tu mayoría de edad. Quiero advertirte ahora que en otras reuniones no seas tan impulsivo y me hagas saber previamente tus intervenciones.

—Quizá tarde en partir más de dos semanas. ¿Me dejarías entonces?

Varan se removió inquieto en la silla. A veces no comprendía a su hijo, sus reacciones imprevistas.

—Ya dije que quiero que la expedición parta lo antes posible, lo más tarde dentro de tres días. Por lo tanto, te será imposible acompañar a… ¿Cómo se llama ese pillastre?

—Ramatre y no es ningún pillastre.

—Me gustaría que eligieras mejor tus compañías.

—¿Lo dices por Ramatre o por alguien más?

Varan entornó los ojos y dijo muy despacio:

—¿Es que podría haber otro u otra que no me complaciera?

Su hijo le volvió la cabeza y concentró su atención en el fondo de la taza. Rápidamente pensó si la pregunta era capciosa y se refería a su íntima amistad con Isolda. ¿Era el momento de plantearle la situación y conocer de una vez cuál era su postura al respecto? Sin saber cómo, Vankro recordó las palabras de Ramatre, su consejo de que antes hablase con su madre.

—Espero que no, padre —respondió.

Varan se levantó, pasó el brazo por los hombros de su hijo y le dijo jovialmente:

—Magnífico. Hoy no tendrás tu clase de esgrima con Lujan, pero no quiero que faltes a las lecciones de Derecho. Tu profesor me ha dicho que no pones la atención debida.

—¿Dónde está madre? —Vankro sentía un deseo súbito por verla.

—Salió a dar un paseo —al responder, Varan ensombreció su semblante. Una nube de tristeza cruzó sus ojos—. No volverá hasta la hora de la cena.

4

Era un consumado jinete, todo el mundo lo afirmaba, pero también se decía que se entusiasmaba demasiado al cabalgar y agotaba prematuramente a su uyak.

Vankro espoleó a su lagarto insistentemente, con crueldad incluso, pero de forma inconsciente. La guardia de la entrada principal le había dicho cuál era la dirección que tomó su madre, hacia el Sureste, y él quería alcanzarla cuanto antes.

Encontró las huellas del uyak de ella al cabo de diez minutos y una hora más tarde la divisó en el horizonte. Alehja conducía ahora su montura lentamente en dirección al río.

Su madre sólo se percató de su presencia al oír los jadeos del cansado lagarto conducido por su hijo. Ya había desmontado y estaba sentada cerca de la orilla.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin levantarse. Miró alarmada el aspecto del uyak de Vankro—. Has podido reventarlo. Pobre animal.

Vankro dio unas palmadas de disculpa en el cuello duro de su bestia y la dejó pastar en unión del uyak de su madre. Se sentó junto a ella y la miró. Sus miradas se cruzaron y ambos se sonrieron. Alehja seguía siendo tan hermosa como siempre.

Los años parecían no querer ajarla lo más mínimo. Observándola, comprendía que Forjian hubiera enloquecido al perderla, y en su locura no dudara en cometer la felonía de traicionar a los tres pueblos, condenarlos a su fin a manos de las hordas de los demonios khrislos.

Vankro empezó hablando de la sesión del Consejo, de la expedición que iba a organizar el maestro Tahorlya, de su amigo Ramatre, testigo de la caída de la piedra del cielo, y de la leve oposición que hizo Jartha del proyecto.

—Jartha, el viejo Jartha —susurró Alehja—. Tu padre jamás

debió consentir que fuera nombrado para tan alto cargo.

—¿Porque fue un oficial del Ejército de Forjian? —preguntó temiendo que sus palabras no fueran del agrado de su madre.

—Sí. Pero Varan pensó que había que dar concesiones al pueblo que quedó en minoría, curar las viejas heridas, que los ciandalanos no se sintieran subyugados en la ciudad.

—Creo que fue una medida prudente, aunque a mí tampoco me agrada Jartha. Se rumorea que es el líder de la conspiración.

—Bah, habladurías de ignorantes en los mercados. Dime, ¿a qué se debe tu cabalgada hasta aquí?

—Quiero hablarte, madre.

—¿A mí? —Se rió Alehja—. ¿Debo entender que ya has planteado a tu padre tu problema o voy a ser la primera en conocerlo? A él lo acabas de ver, ¿no?

—Se trata de un asunto personal que quiero que conozcas y me digas tu opinión.

Ella echó atrás la cabeza. En el horizonte, el sol que se hundía y la luna roja que se alzaba formaban un extraño contraste de dos fuegos diferentes que parecían pugnar por vencer. Y aquella doble luz daba en el rostro de Alehja y le arrancaba una especie de aureola de oro que surgía del cabello.

—Al fin te has decidido. Lo esperaba desde hace tres días.

—¿Qué sabes tú?

—Claro que lo sé, cariño —Alehja tomó la mano de Vankro y la acarició— Isolda y tú, ¿no?

Vankro no esperaba aquello y se sintió turbado.

—¿Quién te lo ha dicho?

Inmediatamente pensó en Granfor.

—¿Ha sido su padre? —preguntó.

—Sí. Granfor llegó a palacio. Quería hablar con tu padre, pero él no estaba y yo le recibí. Te vio salir del dormitorio de Isolda —Alehja agitó la cabeza y su cara se llenó de tristeza—. ¿Desde cuándo lo nacías, Vankro?

Vankro se deshizo de los dedos de su madre que insistían en acariciarle la mano.

—Es mejor que haya sido así —dijo con firmeza—. Ya lo sabéis.

—Tu padre no lo sabe aún.

—Es igual. Se lo diré. Quiero casarme con Isolda. ¿Por qué no se

lo contaste? Granfor estará esperando la respuesta, una reparación, ¿no?

Ella negó con la cabeza y su pena se hizo más intensa.

—Te equivocas —dijo—. Granfor vino a pedirme que nosotros te impidiéramos que volvieras a verla.

—No es posible…

—Es como te digo. Granfor no quiere saber nada de ti, de nosotros.

Vankro se quedó perplejo. Siempre había supuesto que si Granfor llegaba a descubrir sus relaciones con su hija, iría corriendo a palacio a exigir, por ley, que él la desposara. A un comerciante como Granfor debía entusiasmarle la idea de emparentar con la familia reinante en Hongara.

—No lo entiendo.

—Lo entenderás. Yo te estuve vigilando durante las pasadas noches, pero no intervine porque tú no saliste de palacio sigilosamente. Tal vez no tengamos que decirle nada a tu padre.

—Esto es para volverme loco, madre. Yo quiero a Isolda y ella me quiere. Esta misma noche se lo diré todo a mi padre, y espero que tú me ayudes.

—¿Cómo? Escúchame y luego respóndeme. ¿Isolda jamás te contó la verdad?

—¿Qué verdad?

—¿Es que ella te ha insistido en formalizar vuestras relaciones y casaros cuando tú cumplas la mayoría de edad?

Vankro sacudió la cabeza.

—Yo… Bueno, lo cierto es que Isolda no me pidió nunca nada.

—Lo suponía —sonrió sin alegría Alehja.

—¿A qué verdad te has referido, madre?

—Isolda debe quererte mucho, lo admito; pero al mismo tiempo es consciente de que no debe ser tu esposa. Una unión así acabaría escandalizando a toda la ciudad y enervaría a los viejos amigos de Forjian. Su único error fue permitir que tú te acercaras a ella y la convirtieras en tu amante. Pero Isolda sabía que no podía aspirar a más. Es una chica muy valiente.

Vankro se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos. Le dolía la cabeza y sentía frío el sudor que resbalaba por su frente.

—Por los dioses, madre, dime lo que sea, sácame de esta

confusión. ¡No entiendo nada!

—Todo es muy simple y muy complicado a la vez, hijo. Isolda no es hija de Granfor. Ese astuto comerciante la adoptó en los primeros días de nuestra estancia en la ciudad.

—Isolda tiene casi un año menos que yo…

—No. Granfor falseó sus datos del nacimiento.

Fue fácil en aquellos días de confusión. Ella es mayor que tú en un año.

—Eso no importa…

—Oh, claro que no. Si sólo fuera eso.

—¿Hay más?

—Forjian tuvo un hijo bastardo. En realidad, una hija…

Vankro apenas regresó a palacio, envió con un criado una nota a Ramatre. No asistió a la cena, se disculpó con su padre y permaneció encerrado en su habitación.

Estuvo esperando toda la noche la respuesta, cualquier noticia de Ramatre, pero el maldito poeta no dio señales de vida y el nuevo día le sorprendió agotado, ojeroso y sin haber sacado nada en limpio del mar de confusión que rugía en su mente.

Ni siquiera recordaba que era día de fiesta y la gente despertó tarde. Hasta el mediodía las calles no se vieron concurridas por una multitud abúlica, escandalosa y alegre a veces.

Después de bañarse y vestirse con ropas limpias, salió del cuarto, y el primer criado que encontró le informó de que su padre estaba fuera de la ciudad, y su madre ocupada con los preparativos de la fiesta para celebrar la mayoría de edad del heredero de la casa de Zhenland.

Vankro salió a la calle y se dirigió a la casa de Granfor. La encontró cerrada, las ventanas protegidas con los cierres y tuvo la desagradable sensación de que llevaba vacía desde hacía varios días. Preguntó a un vecino y le contestó que el mercader y su hija habían salido dos días antes, pareciéndole que se trataba de un viaje de negocios, probablemente con la intención de vender ganado a los mataderos que suministraban carne a la ciudad.

Sospechando que la marcha de Isolda no era una coincidencia, ya que ella no acostumbraba a acompañar a su padre adoptivo en los negocios, Vankro deambuló sin rumbo fijo por las calles, hasta que de pronto se detuvo en medio de una gran plaza, parte de la

cual estaba ocupada por el mercado de los días festivos, con su algarabía y atractivos colores que componían la exhibición de múltiples mercancías.

Pero al otro lado de la explanada se levantaba, solitario y misterioso, un edificio, casi un palacio, tan hermoso o más que el usado por la familia reinante, que atrajo vivamente su atención.

Vankro estuvo contemplándolo un rato, hasta que sintió una mano que posaba sobre su hombro. Al volverse vio que Lujan estaba a su lado, sonriéndole comprensivamente.

El viejo guerrero, todavía fuerte y diestro con las armas, vestía ropas de paisano, pero debajo de su capa se adivinaban la espada y el láser. De todas formas, no le era fácil perder su porte de altivo militar, aunque él se cansara de afirmar que la milicia tradicional le importaba muy poco.

—La diosa de la fortuna te ha traído hasta aquí, mi joven discípulo —dijo Lujan. Tomó a Vankro de un brazo y echaron ambos a caminar en dirección al palacio solitario, ante cuya entrada montaba guardia un soldado de aspecto aburrido—. Pregunté por ti y me dijeron que habías salido. Quizá te dictó un sexto sentido que vinieras hasta donde yo quería.

Vankro preguntó:

—¿A esta plaza?

—Sí. Dejé un recado para que te lo entregaran urgentemente, rogándote que acudieras a una cita. —Señaló una casa pequeña separada del palacio por unos cuarenta metros—. Allí exactamente.

Vankro entornó los ojos. El sol lucía fuerte aquella mañana y hacía un poco de calor. Se alejaron de la amplia zona ocupada por los mercaderes y fueron apartándose de la dirección del palacio, tomando el camino más recto hacia la pequeña casa, siempre guiado por Lujan.

—Esta mañana estás muy misterioso, Lujan —dijo Vankro—. ¿Qué tienes que decirme?

—Mi deseo, ante todo, es tranquilizar tu alma. Anoche hablé con Alehja, conversamos durante mucho rato acerca de ti.

Ya estaban junto a la casa y Lujan empujaba la puerta. Vankro se resistió a entrar. Estaba furioso cuando exclamó:

—Mi madre no debió ir por ahí contando mis asuntos a extraños.

Lujan apretó los labios. Era evidente que hacía un gran esfuerzo

para mantener la calma. Las palabras de Vankro debían haberle dolido. El general no era considerado como un extraño en la familia de Varan. Vankro lo recordó y se arrepintió enseguida de haberse expresado así:

—Lo siento —dijo.

—No importa. Vamos, entra.

Lujan cerró la puerta tras él y condujo a su amigo a través del vestíbulo lleno de polvo y luego le hizo bajar hasta el sótano.

—Esta casa —explicó—, por orden expresa del Consejo, no se permitió nunca que fuera habitada, como otras que rodean el palacio de mármol rojo.

—¿Para qué me has traído aquí? —preguntó Vankro, viendo que Lujan encendía una lámpara de aceite y buscaba en una pared llena de humedad.

—¿No querías saber cosas, hablar con Ramatre?

—¿Está aquí?

—No. Ayer, mejor dicho hoy de madrugada, tuvo que incorporarse a la expedición. Le obligué a que me contara muchas cosas.

—¿Le pegaste para que hablara?

—De ninguna manera —se rió Lujan—. Sólo le amenacé con encerrarlo e impedirle ir donde quería. Está muy interesado en llegar al sitio donde cayó la piedra del cielo, que, por supuesto, él no cree que sea tal cosa.

Vankro comprendía ahora por qué Ramatre no acudió a su llamada. Ni siquiera debió recibir su mensaje. Miró a Lujan, y pensó que aquella tarde junto al río, él había explicado a su madre demasiados secretos, y no sólo suyos, sino varios que pertenecían a Ramatre. Después de que ella le contara el verdadero origen de Isolda había dado rienda suelta a su lengua, pensó consternado.

—¿Qué te dijo Ramatre?

—Ese trovador no es tan tonto como aparenta algunas veces, sobre todo cuando por ley ha de trabajar para la ciudad —sonrió Lujan—. Pero es un buen muchacho, y muy amigo tuyo, de veras. Sin embargo conocía cosas que no debió guardarse para sí, sino compartirlas con quién debía —Lujan empujó una parte de la pared y un oscuro túnel se abrió ante sus ojos—. Esto, por ejemplo. Ese truhan conocía éste pasó al palacio rojo. Lo descubrió su padre, tan

perezoso y ladino como él. ¿Tú lo conocías, muchacho?

Vankro negó con la cabeza.

—Claro que no —asintió Lujan—. No has mostrado el menor asombro desde que entramos.

—Pero yo sabía que el padre de Ramatre estuvo presente cuando los científicos tocaron algo y esa parte de la muralla se hundió —dijo.

—Sí, lo vio todo, escondido tras unas consolas de mando. Por suerte para nosotros, es más miedoso que su padre y jamás se atrevió a venir por aquí. En realidad, no terminó de cruzar el pasillo que pasa por debajo de la plaza y conduce directamente a los sótanos del palacio rojo.

Vankro calculó que ellos ya estaban debajo del palacio. Habían caminado más de treinta metros. El pasillo se cerraba de nuevo con una puerta de un metal oscuro que no tenía el menor rastro de óxido. Lujan movió un mecanismo y la abrió.

El muchacho parpadeó al encontrarse en una estancia llena de luz y repleta de extraños mecanismos. Al volverse vio que Lujan había cerrado la puerta y silbaba lleno de admiración al comprobar que el paso secreto era imposible de descubrir. Una consola alta lo disimulaba perfectamente.

—Tantos años viniendo aquí y jamás pudimos saber que existía otra entrada —dijo tras encogerse de hombros.

—¿Jamás pudisteis? ¿Quiénes?

—Nosotros, hijo.

Vankro adivinó enseguida, antes de volverse, que su madre estaba allí. Su voz era inconfundible, mesurada y tierna como siempre.

5

Alehja le mostró la entrada que ella había utilizado, abierta, y otra que permanecía cerrada.

—Existe una segunda casa en la plaza que se comunica con este sótano —dijo—. Ignoramos por qué motivo se construyeron. Quizá los viejos habitantes de esta ciudad temieron algún problema y prefirieron el acceso a este centro de control desde otros puntos.

—O tal vez hicieron los túneles para escapar —sugirió Vankro.

—Es posible. La entrada principal ha permanecido cerrada y sellada desde aquel fatídico día en que se hundió la muralla. Ven, Vankro, siéntate a mi lado.

Alehja se había acomodado delante de una consola gris situada en el centro de aquella enorme estancia. Vankro se sentó junto a su madre y vio que Lujan permanecía de pie.

—¿Y padre? —empezó a decir Vankro con recelo.

Alehja soltó una suave carcajada.

—Tu padre lo sabe todo, cariño. No te figures sórdidas tramas…, ni aventuras deshonrosas —miró a Lujan—. Él, Varan y yo somos los únicos que frecuentamos este lugar para seguir estudiando en paz los mecanismos que usaron los antiguos dueños de la ciudad. Debajo de nosotros continúa rugiendo el artilugio que suministra energía a estos aparatos. Yo lo he visto y he sentido una sensación de respeto por sus constructores. Son una maravilla, algo que tardaremos, por desgracia, en comprender.

—¿Qué buscáis y por qué se engaña a la gente diciéndole que nadie debe hurgar en los secretos de Laninko?

—Tu madre es demasiado modesta y nunca te diría que ella es la única capacitada para investigar —dijo Lujan—. Varan y yo la ayudamos. Después de que se hundiera una sección de la muralla, tu padre decretó que este sótano permaneciera cerrado. Para todos es así, pero en esto años hemos investigado.

—Había otra persona en el secreto —sonrió Vankro.

—Sí, el padre de Ramatre, y el mismo Ramatre —masculló Lujan—, que inconscientemente lo pregonaba a voces con su maldita canción. El viejo trovador la compuso después de aquel día.

—A mí me llamaba la atención —dijo Alehja— que la cantara siempre que pasaba delante de nuestro palacio. Parecía querer decirnos con ella que él conocía el secreto.

—¿Creéis que aquí encontraremos el poder? —preguntó Vankro.

—Sí, aunque no sabemos cuándo —suspiró Alehja.

Vankro miró a su alrededor. El sordo rumor de las máquinas le sobrecogía a veces. Sintió deseos de preguntar a su madre en qué lugar mató al célebre guardián laninko, enloquecido, que hizo venir a los diablos khrislos al planeta para que aniquilaran a los humanos. Pero pensó que a ella le traería penosos recuerdos y desistió.

—¿Por qué me habéis traído aquí?

—A tu padre le hubiera gustado hacerlo él mismo, pero pensamos que hoy era un buen día —dijo Alehja—. Tú compartirás nuestro secreto.

—Pero debe existir un motivo para haber adelantado el momento.

Su madre respondió:

—Sí. El motivo es Isolda.

El rostro de Vankro se ensombreció, y sintió vergüenza por haber dejado de pensar en ella desde hacía tanto tiempo, exactamente desde que Lujan le pusiera su mano encima del hombro en la plaza.

—En la ciudad, muchacho, las cosas se están precipitando, de manera increíble —dijo Lujan—. Entre otras cosas que ignoras, Granfor fue hace muchos años un banquero de Cianlan muy fiel a Forjian. Cuando la madre de Isolda murió, después de dar a luz, se hizo cargo de ella unos días antes de llegar ante las murallas de esta ciudad los tres pueblos agotados y cargados de temor por la proximidad de las hordas khrislas.

—¿Por qué no reconoció Forjian la paternidad de Isolda?

Alehja bajó la cabeza y Lujan respondió:

—Por aquel entonces Forjian pretendía a tu madre, y una hija bastarda le hubiera restado méritos para desposarla. Luego los acontecimientos se precipitaron y…, Forjian murió.

—Y su muerte es lo que impide que Isolda sea mi esposa —replicó Vankro agriamente—. ¿Por qué? ¿Nuestras estúpidas costumbres pueden convertirla en mi concubina o mi amante pero no en la Señora de la ciudad?

—Granfor se lo dijo cuando tú empezaste a tontear con ella, antes de que… —Alehja trató de encontrar las palabras más suaves.

—¿Antes de que se fuera a la cama conmigo? —Concluyó Vankro con desafío en su voz—. ¿Por qué Granfor no quiere la boda? Yo siempre pensé que desearía, por interés, ser mi suegro.

—¿No lo entiendes? —dijo Lujan—. Granfor la mantendría como su hija hasta el momento de hacer público que lo es de Forjian, y, por lo tanto, con derecho al poder de la ciudad. Vankro, Granfor es uno de los principales conspiradores.

—No creo que Isolda conozca lo que pretende su padre, sus intenciones políticas —dijo Vankro—. Desobedeció sus órdenes y se entregó a mí sabiendo que no sería más que mi amante.

—Ella es inocente, pero sabía que si tú pretendías desposarla, Granfor haría públicos los documentos que prueban que es hija de Forjian. El pueblo se escandalizaría y repudiaría esta unión entre los hijos de dos viejos rivales, uno de los cuales murió a manos del otro. Ah, es una tragedia, ¿verdad? —sonrió Lujan.

—¿De qué te ríes? —preguntó furioso el joven.

—Según la historia, la noche de la traición de Forjian tu padre le dio muerte tras un duelo en la azotea de una casa.

—¿Por qué me lo recuerdas?

—No es la verdad. Se trata de una leyenda que todos convinimos no rebatir. Resultaba conveniente para tu padre que la gente creyera que él mató a Forjian, cuando lo cierto es que yo lo hice.

—¿Tú?

—Yo arrebaté a Forjian, una vez que lo maté, la espada de empuñadura de oro que siempre lleva tu padre —se rió Lujan.

Vankro saltó de alegría.

—¡No hay ningún impedimento! —gritó—. Isolda debe saberlo…

—Espera, espera -dijo su madre—. Ya te he dicho antes que las cosas se complican. Granfor seguirá intentando evitar como sea vuestra unión. Te juro que tu padre vería con agrado que ella entrase en nuestra familia, y tu amada se alegraría cuando supiera

que Varan no atravesó el corazón de Forjian; pero esa luz del cielo ha aparecido para complicarlo todo, en un mal momento.

—¿Qué tiene que ver en todo esto el aerolito?

—Bastante —Lujan sacó una silla de debajo de una consola y se repantigó—. La noche en que la viera Kordo y tu amigo Ramatre surcar el cielo, fíjate que he dicho surcar, era la segunda vez que lo hacía. El día antes tu madre la descubrió —señaló una pantalla bruñida—. Existen unos objetivos en lo alto de este palacio que escrutan el firmamento, y Alehja pudo contemplar la luz como si la tuviera a menos de cien metros.

Alehja se levantó y acarició el cabello de su hijo.

—No era una masa de roca y metales que se fundió en parte al entrar en la atmósfera, hijo, sino una nave como la que trajo a Hongara a nuestros antepasados, aunque más pequeña. La primera noche estuvo orbitando alrededor de la luna roja y la segunda bajó hasta la superficie.

—¿Una nave tripulada?

—Eso está por ver —dijo Lujan—. Los tres, tu padre, tu madre y yo, decidimos mantenerlo en secreto y enviar una expedición días más tarde, compuesta de hombres de confianza, pero el maestro Tahorlya ya lo sabía y pidió el permiso al Consejo.

—¿Por qué no se negó mi padre? Sólo hubiera necesitado apoyar la negativa de Jartha. ¿No era lo que hubiera querido?

—Claro que sí, pero Jartha quería que Tahorlya se mantuviera algún tiempo en la ciudad porque él, como segundo en el mando de los conspiradores, deseaba ganar varios días. Mientras escuchaba al maestro debió pensar que los suyos podían llegar los primeros hasta la nave.

—¿Con qué fin?

—Debías verlo claro, jovencito —sonrió Lujan—. Oficialmente este sótano se mantiene cerrado porque nadie es capaz de usar las maravillas que contiene. Tu madre y nosotros sólo sabemos manejar una mínima parte de sus posibilidades. Ni siquiera hemos conseguido hacer que la parte de la muralla hundida recobre su altura, ya ves.

—¿Los conspiradores piensan que en la nave encontrarían los medios para controlar esta sala? —preguntó Vankro.

—Es una posibilidad, ¿no? Su tripulante, o varios que estén a

bordo, podrían instruirlos. Entonces sería el momento de dar el golpe de mano, proclamar el reinado de Isolda como legítima heredera de Cianlan, o, en último caso, obligar a tu padre a compartir el poder con ella, lo que equivaldría a repartirlo con Granfor y Jartha, y el resultado final sería la guerra civil.

—¿Qué pensáis hacer?

—Ya se está haciendo —dijo Lujan—. Se ha dicho que Varan está de inspección en los puestos avanzados, pero la verdad es que él ha salido hacia el lugar donde se supone que aterrizó la nave. Quiere llegar antes que lo haga Tahorlya y esperarle allí.

—¿Por qué?

—Oh, ¿es qué no lo vas a adivinar? —exclamó Lujan—. Al mismo tiempo que hacía los preparativos para la expedición de Tahorlya, Jartha organizó otra que salió secretamente el mismo día, pero utilizando otra puerta de la ciudad. Lo sabemos. Ya ves, tres grupos de personas, separados, corren hacia allí.

—Los conspiradores han decidido apostar fuerte, hijo —dijo Alehja—. Si ganan la partida y regresan a la ciudad con grandes revelaciones pueden soliviantar a la gente. Tienen a su favor el hecho de que hayamos impedido el acceso de los investigadores a esta sala; acusarían a tu padre de muchas cosas negativas.

Lujan se levantó y se puso al lado del joven.

—Yo debo partir de inmediato. Me llevaré a varios guerreros de probada fidelidad y reforzaré la tropa que acompaña a tu padre. Por todo esto te hemos hecho partícipe de lo que hubieras sabido a tu mayoría de edad.

—Tahorlya es un viejo tozudo y puede estropearlo todo…

—En su expedición contamos con la ayuda de Ramatre. Tu amigo, Vankro, sabe que debe mantener informado a tu padre de cuánto suceda. Varan esperará el momento oportuno de intervenir. Si la nave se ha destrozado al descender o sus tripulantes no son humanos y están muertos, él regresará a la ciudad sin que nadie se entere de que ha estado vigilando la investigación.

—¡Pero Isolda está con Granfor y correrá peligro! —miró a su madre y Lujan—. ¿Qué queréis de mí, exactamente?

—Eres un hombre, un buen guerrero —dijo Lujan—. Toma, es un láser. Guárdalo. Defiende a tu madre y la ciudad. El general Linder es de confianza, pero no le digas nada si no es preciso.

—¿Por qué no te quedas tú y me dejas ir a reunirme con mi padre? —preguntó Vankro.

Lujan suspiró. Era como si hubiera estado esperando una propuesta semejante, para la que ya tenía pensada una respuesta.

—No compliquemos más las cosas —dijo—. Si la gente se percata de tanta ausencia empezará a hacerse preguntas y el nerviosismo se posesionará de ella. Déjate ver y muéstrate indiferente.

—No me gusta…

—Lo comprendo. —Alehja le besó en la frente—. A Isolda no le pasará nada. Confía en que todo se solucionará a tu satisfacción.

Vankro asintió en silencio. Pero en su mente rumiaban pensamientos que no quería dejar que aflorasen en palabras. Acarició la pistola fría y negra. Era suya. Ya no tendría que utilizar la que le dejaban en los ejercicios de tiro. Miró la pantalla grande en la que su madre descubriera que la luz era una nave estelar.

—Me gustaría ver el cielo por ahí —dijo—. Madre, tú has debido observar cosas maravillosas, las estrellas más cerca. ¿Has descubierto algo tan interesante como esa nave?

Alehja cruzó una mirada con Lujan, y éste asintió levemente. Era como si ambos se hubieran puesto de acuerdo en dar una satisfacción a Vankro que le compensara del disgusto de quedarse.

—Desde luego. Hace tiempo descubrimos que la luna roja que nos acompaña de noche no es un satélite natural.

Vankro parpadeó. La noticia había tenido la virtud de hacerle olvidar sus preocupaciones y sus más íntimos proyectos.

—No sólo es un mundo más pequeño que éste, su satélite desde hace millones de años, sino algo artificial, un globo de metal, o roca, rojo como la sangre, puesto ahí por alguien. Quizá ya estaba en su órbita cuando floreció la raza Laninko y fue testigo de su marcha de este planeta para no volver jamás.

—La nave, según Ramatre, pareció salir de la luna…

—No. Llegó hasta cerca de la luna y la estuvo observando durante un día entero, y luego bajó hasta nosotros.

Empezaron a salir de la sala, con gran pesar de Vankro, y su madre le dijo:

—Hay miles de mundos habitados en la galaxia, hijo. De uno de ellos, por un motivo que nadie conoce, salieron nuestros

antepasados, pero no en todos viven los humanos. Razas extrañas, algunas malignas, son incompatibles con nosotros. Ojalá nuestro visitante pertenezca a una nación humana o a una que no sea enemiga nuestra.

6

Cuando atravesó aquella noche la muralla, exactamente por donde se había hundido a lo largo de cien metros, Vankro se detuvo un instante junto a las obras que intentaban cerrar el perímetro defensivo y elevó la mirada al cielo.

La luna roja no le parecía ya algo tan natural, ni las estrellas nada más que brillantes luces. El satélite era un misterio por desvelar y los lejanos soles un enigma, hogares de seres iguales que ellos o muy distintos en apariencia y alma.

De algún planeta que giraba alrededor de una de aquellas estrellas había partido la nave que buscaban ahora afanosamente tres grupos, cada uno con una intención parecida pero con fines distintos.

Vankro se sintió un poco ladrón. Había sacado dos uyaks de las cuadras, tras burlar la vigilancia de los mozos. Eran dos magníficas bestias, jóvenes y poderosas. Montaba a la hembra y llevaba asido al macho de la brida. Esperó a que el centinela más próximo se alejara por la muralla de la derecha y luego se decidió a ponerse en marcha, sigiloso y marchando todo lo rápidamente que podía.

Sólo cuando estuvo seguro de que no sería visto, libró a sus uyaks de los trapos que cubrían sus patas y que habían hecho silencioso su avance.

Tuvo un pensamiento para su madre. Experimentó cierto dolor por haberla engañado, y a Lujan, que no tardaría en encontrar la nota dejada en su dormitorio en la que le explicaba que él no podía permanecer con los brazos cruzados mientras su amada Isolda corría peligro y era utilizada por Granfor para sus tramas conspiradoras.

Lanzó un grito de rabia, para desahogarse, y espoleó su montura. Los lagartos se lanzaron al galope y sus patas levantaron truenos del suelo en el silencio de la noche.

Vankro estaba dispuesto a cabalgar toda la noche, cambiando de un animal a otro, hasta extenuarlos o reventarlos.

Sabía que las caravanas, sobre todo la de Tahorlya, no irían muy deprisa. En pocas horas recuperaría la ventaja que le llevaban.

Lo que más angustiaba a Vankro era la posibilidad de perderse, de pasar muy lejos de cualquiera de los tres grupos. Sólo tenía una noción, bastante ligera, de la ruta que debía tomar. Como único indicio poseía la dirección que le señaló Ramatre aquella noche en que él escapó de la casa de Granfor. Pero confiaba encontrar huellas, sobre todo de la expedición de Tahorlya. Los carros que llevaba dejarían profundas señales en el terreno blando, antes de que pasaran por un lado de los bosques y penetrasen en los pedregales.

Cada hora aproximadamente saltaba de un lagarto a otro, y comprobaba con horror como éstos perdían su fuerza. No tuvo más remedio que hacer un alto junto al lago Gorintia y dejarlos beber y que comieran. Al otro lado de la orilla se levantaba una granja, estaba amaneciendo y sus dueños ya salían para iniciar las faenas agrícolas.

No esperó más que lo suficiente para dar un ligero descanso a sus bestias y reemprendió la marcha. La hembra rugía a menudo y el macho, que ahora era su montura, galopaba con las fauces abiertas y babeantes.

Sin embargo, fue la hembra la primera en desfallecer. Se derrumbó pesadamente. Vankro no se entretuvo en averiguar si había muerto o sólo estaba desfallecida de agotamiento. Hirió de nuevo al macho y lo obligó a separarse de su compañera.

En varias ocasiones había visto huellas de carros, que supuso eran de la expedición de Tahorlya. Cuando se desvió unos centenares de metros a la derecha descubrió las pisadas de un grupo de unos quince lagartos; tres de ellos sin jinete. Quizá era el grupo de Jartha o de su padre, pensó intranquilo. Esto rastros eran menos recientes, por lo que dedujo que debían ir por delante de la caravana científica.

Cuando el sol estaba a punto de alcanzar su cénit no tuvo más remedio que descabalgar. Su uyak no podía con su carga. Ya era un milagro que el corazón no le hubiese estallado.

Vankro también estaba extenuado. Tomó un trago de vino fuerte

y masticó unas galletas. Luego sacó unos papeles y consultó los datos que había garabateado antes de salir de la ciudad. Según éstos se encontraba muy cerca del lugar donde se suponía había descendido la nave.

El muchacho tuvo un instante de divertimiento al pensar qué pasaría si todos se habían equivocado y no existía tal nave, sino que la luz era el fulgor de un meteoro al incendiarse en el aire.

El paisaje era desolador, rocoso y seco. Muy atrás habían quedado los campos cultivados y los ríos de agua fresca. El calor apretaba y la liviana armadura le pareció a Vankro algo insoportable de llevar.

Dejó que el uyak siguiera postrado y se alejó unos pasos. Subió a una roca y oteó el horizonte. Se estremeció al contemplar el paisaje. Era como si de pronto hubiera saltado a otro mundo. Le habían hablado de que más allá de los valles existía un desierto no explorado, donde las aguas subterráneas se convertían en vapor y surgían a la superficie violentamente. Vio un geiser rugir al Oeste, y luego otros más pequeños hacia el Norte. Detrás de él el uyak, asustado, lanzó un rugido.

De pronto localizó una columna de humo que se elevaba a su derecha, casi alcanzando el horizonte. Al principio pensó que era un geiser, pero comprendió enseguida que se trataba del indicio de un incendio, y en aquel lugar no había ningún material combustible a no ser que fuera llevado por hombres. Por lo tanto, el incendio era algo más que una simple hoguera controlada.

Su mano rozó la culata del láser. Un disparo con aquella arma podía incendiar la madera reseca de una carreta, pensó. Era la única explicación. Y en aquel paraje deprimente sólo podían estar los carros de la expedición de Tahorlya.

Vankro intentó que su uyak se levantara, pero el pobre lagarto parecía tener sus patas de gelatina. Lo dejó por imposible y echó a caminar hacia la columna de humo, ahora menos densa.

Pensaba regresar más tarde por su montura, y esperaba encontrarla recuperada. Un hombre a pie por aquel desierto tenía pocas posibilidades de sobrevivir.

Unos minutos más tarde, cuando calculó que estaba muy cerca de su objetivo, se detuvo. Apenas salía humo de detrás de unas rocas oscuras que formaban un pequeño muro natural. Mientras

amartillaba la pistola con la mano izquierda y empuñaba la espada con la derecha, pensó que aquél era un buen lugar para acampar por la noche. La cuestión era saber quién lo había hecho y fue sorprendido.

Vankro se deslizó por entre las rocas puntiagudas y rodeó el muro. El humo seguía disminuyendo y ahora eran apenas unas volutas las que se elevaban perezosas en el aire sin viento.

Asomó la cabeza y miró desolado el resto de un campamento. Había una carreta incendiada, de la que había partido el humo delator, y, rodeándola, varios cuerpos inertes. Antes de avanzar un paso se aseguró de que no iba a caer en una trampa. Detrás del muro se extendía una llanura y descubrió huellas de más carretas y pisadas de uyaks, dirigiéndose al Norte. Se perdían poco más allá, tras una masa pétrea.

Vankro vio los cadáveres, sus rostros. Reconoció a dos ayudantes de Tahorlya. El resto eran mozos contratados por Jartha para el científico. Pero se estremeció, confundido y angustiado, cuando comprobó que lejos del carro incendiado había un grupo formado por tres cadáveres que vestían uniformes de la guardia personal de Varan.

Allí, pensó, se había producido un asalto a la expedición de Tahorlya, y después un enfrentamiento con el grupo de su padre. Vankro no consiguió adivinar más. La lucha pudo haber ocurrido hacía cinco o seis horas, apenas apuntaba el nuevo día.

Descorazonado, empezó a trazar círculos cada vez más amplios alrededor del campamento, con la intención de hallar alguna pista. Se detuvo en el borde de un barranco, y al mirar al fondo tuvo que apretar los dientes para no lanzar un grito.

A varios metros de profundidad, seis o siete cuerpos, componían una trágica piña humana. Habían sido arrojados vivos, sin duda, ya que uno de ellos, malherido, había querido trepar por la escarpada pared, hasta que recibiera un lanzazo en la espalda.

Eran hombres de su padre, comprobó.

Pero Varan no se encontraba en aquella fosa.

Vankro permaneció un rato dando vueltas, temiendo encontrar más muertos, a su padre concretamente.

Se maldecía por haber desobedecido a Lujan. Si no hubiera escapado de la ciudad, el general estaría ahora en marcha para

apoyar la pequeña fuerza armada de su padre. Enseguida pensó que, de todas formas, no habría impedido la matanza.

Ya no podía pensar en regresar a la ciudad en busca de ayuda. Con un uyak iba a necesitar el doble de tiempo que había usado para llegar hasta allí. No le quedaba otra alternativa que continuar adelante.

Regresó hacia donde descansaba su lagarto, rumiando imprecaciones, tratando desesperadamente de componer aquel rompecabezas, preguntándose qué había pasado.

Ya había avistado su uyak cuando sintió que algo silbaba en el aire y el golpe que recibió en el peto le hizo tambalear.

Un dardo rebotó en las piedras, con la punta de acero mellada.

Vankro se revolvió y trató de localizar al ballestero. Sólo encontró rocas que refulgían bajo el poderoso sol. Miró la flecha. Quien se la había arrojado debía estar lejos, o de otra manera le habría atravesado el pecho.

Dedujo que su agresor era un torpe o confiaba en otros compañeros para terminar de abatirle. Por supuesto, no había visto que disponía de un láser, pensó Vankro. ¿O sí? Quizá su ataque, aparentemente precipitado, pretendía engañarle.

El joven se desplazó varios metros a la derecha y retrocedió de espaldas un par de ellos más. Luego miró a su alrededor. Localizó dos rocas altas, dejaban un hueco entre ellas y se encaminó hacia él. Apenas se situó en medio de las dos protecciones pétreas, avistó a los dos hombres que avanzaban agachados hacia el sitio que acababa de abandonar. Empuñaban ballestas y su intención era dispararle desde los flancos.

Vankro quitó el seguro a la pistola y apuntó contra una de las cabezas móviles. Apretó el gatillo y la claridad de la mañana se vio surcada por el trazo de luz mortal. Pero había fallado, partió una roca y su blanco saltó a un lado y lanzó un grito para advertir a su compañero.

El muchacho se reprochó su mala puntería. Quizá el fallo se había debido a que era la primera vez que usaba aquella pistola. Encontró el gatillo demasiado duro y debió moverla más de la cuenta.

Dos flechas se rompieron a poca distancia de su cabeza. Luego silbaron más y una melló el metal de su espalda. Vankro pensó,

lleno de angustia, que se encontraba rodeado, al menos por cinco ballesteros.

No vio a nadie más. Sus enemigos se ocultaban. Aunque él tuviera un láser no iba a contar con apenas posibilidades de salir con vida de allí. Ellos sabían dónde estaba y él ignoraba ahora desde qué lugares se disponían a dispararle a la vez. Aquel refugio, en vez de protegerle, era como una bandera que gritaba su posición.

Sin dejar de mover la cabeza de un lado para otro, con el láser presto a dispararlo apenas descubriera oscilar la menor sombra, por pequeña que fuera, Vankro empezó a silbar una canción.

Confiaba en que su actitud desconcertara a sus enemigos durante un rato. Tenía que pensar la manera de salir de allí.

Cuando menos podía esperarlo, escuchó un grito ronco, y luego llegaron hasta él unas palabras que le sorprendieron primero y luego le llenaron de gozo y esperanzas:

—Bajad vuestras flechas, malditos bastardos. ¿Es que no habéis reconocido al hijo de vuestro Señor, a Vankro de Zhenland?

Vankro salió del escondite.

—Condenado Ramatre, doy gracias a los dioses porque tu oído sea agudo —dijo. Vio que iban surgiendo de detrás de las rocas los hombres que hacía poco pretendían ensartarle a flechazos. Los soldados de la escolta de su padre lo miraban consternados.

Ramatre saltó sobre un pedrusco y abrió los brazos. Soltó una carcajada y corrió a abrazar a su amigo.

* * *

Inclinado sobre su padre, que yacía inconsciente en el fondo de la cueva, Vankro sintió tan seca la garganta que reclamó un poco de agua.

—Toma y bebe poca; no tenemos mucha —dijo Ramatre.

—¿Tanta es su gravedad? —preguntó Vankro.

—Tuve que adormecerlo para sacarle la punta de la flecha y poder inspeccionar la quemadura del láser —explicó Ramatre—. Tu padre no quería, pero le obligué a que tomara el narcótico. No temas por él, se le aliviará la poca fiebre que tiene y despertará esta noche. Eso sí, con mucha hambre y sed.

Vankro se apartó de su padre y avanzó agachado hasta la entrada de la cueva, allí donde descansaban los seis hombres, cinco de ellos los que estuvieron a punto de sorprenderle y acabar con su

vida.

—No sabía que eras tan buen cirujano —comentó.

—Se aprende mucho vagando por las calles, ayudando a veces a los que saben más que tú de diversos oficios —se rió Ramatre. Señaló a los soldados y dijo a Vankro en nombre de ellos—: Todos lamentan no haberte reconocido.

—Que lo olviden. ¿Cómo iban a figurarse que yo reptaba entre las rocas?

—Pensaron que eras uno del grupo de Jartha.

—Cuéntame lo que ha pasado.

Ramatre no había perdido su laúd. Tensó las cuerdas y Vankro temió que el trovador fuera a contarle todo cantando.

Pero el poeta no estaba para canciones y dijo:

—Yo tenía que enlazar con tu padre, darle noticias de los progresos de Tahorlya en las investigaciones. Sabía que Varan iría a unos quinientos o mil metros a la derecha de nuestro avance. A veces me apartaba de la caravana y hablaba con él, reuniéndonos a medio camino.

Vankro no confesó que eso lo sabía él y apremió a su amigó para que siguiera.

—Anoche me contó Tahorlya, muy contento, que esperaba llegar al día siguiente al sitio donde había caído el meteorito. Yo ya sabía que lo creía una nave, por supuesto, y a la segunda hora de la madrugada salí del campamento para decírselo a tu padre. ¿Sabes? Vi que Kordo salía también, pero en dirección opuesta y lo seguí. Mi sorpresa fue enorme cuando, bastante lejos, le encontré hablando con Jartha y Granfor. ¡Kordo servía de espía a ellos como yo lo hacía para tu padre!

A Vankro no le sorprendió demasiado semejante noticia. Ahora comprendía por qué los conspiradores ya tenían preparados con tanta antelación sus planes, la marcha anticipada de Granfor de la ciudad. Kordo les había informado de todo al día siguiente de haber descubierto la caída de la luz.

—¿Qué hiciste? —preguntó a su amigo.

—No escuché lo que decían, pero era bastante para mí. Por un momento dudé si regresar al campamento para alertar a Tahorlya o proseguir hasta encontrarme con tu padre. Me decidí por lo último, y creo que no obré bien, pues perdí mucho tiempo en desandar el

camino y luego proseguir hacia el Este.

»Conté a Varan todo y él me preguntó si yo creía fue Jartha sólo ordenaría el ataque después de que Tahorlya descubriera la nave. Le respondí que no podía saberlo y Varan estuvo un rato dudando. Creo que pensó si debía unir sus guerreros a la gente del campamento y protegerla, aunque ello implicara mostrar sus cartas al astrónomo y los demás científicos, revelando que él sabía que la luz era una nave procedente de las estrellas. Supongo que tu padre, Vankro, se decidió por la espera. Era una oportunidad para desenmascarar a los conjurados si los sorprendía en el momento de atacar. Si custodiaba la expedición ahuyentaría a Jartha y Granfor y éstos continuarían libres, hasta una nueva oportunidad que quisieran aprovechar.

»Además, por lógica, ocurrió lo menos esperado: el ataque de varios hombres al campamento. Sobrevino cuando yo regresaba. Los carreros y demás componentes del grupo, apenas armados con espadas y lanzas, nada pudieron oponer a los disparos de los láseres de Jartha y otro oficial; se apoderaron de Tahorlya y varios más. No tenían prisa en alejarse, eso lo vi apostado lejos, y en ese sitio presencié que tu padre acudió presuroso al oír los disparos.

»Fue una emboscada, Vankro. Granfor sólo envió a unos pocos hombres bajo el mando de Jartha. El resto sorprendió a quienes corrían a ayudar a los científicos, los rodearon y abrumaron con sus dardos, lanzas y disparos. Varan recibió una flecha y su hombro fue rozado por un láser. Entonces cundió el desorden entre sus guerreros y varios consiguieron romper el cerco y escapar. Los demás, ya sabes cómo acabaron. Los que se rindieron terminaron en el fondo de un precipicio.

—¿Cómo pudiste sacar a mi padre?

—Fue el primero en caer y se derrumbó muy cerca de mí. Oh, no me mires así. ¿Qué podía hacer? No tenía nada más que mi daga. Con ella libré a Varan de su capa y armadura, rompiendo las cuerdas, y lo arrastré lejos. Ya amanecía y esos malditos incendiaron una carreta para tener más luz y encontrar a tu padre. Luego, cuando estaba lejos, me encontré con esos soldados que habían… —Ramatre sonrió. Quizá estuvo a punto de decir que los soldados habían huido, pero notó sus miradas preocupadas y concluyó—: ellos tuvieron la suerte de librarse de una muerte

segura y me ayudaron a transportar a tu padre hasta aquí, y luego les pedí que se acercaran al campamento. Pensaba que podían quedar más de los nuestros con vida.

Vankro sacudió la cabeza.

—No entiendo por qué se precipitaron al atacar. Yo hubiera pensado como mi padre. Era lógico que Granfor y Jartha esperaran.

—Ese perillán de Kordo, tan remilgado él, debía saber por Tahorlya, quien tanto cariño le profesaba, que estaban a un palmo del lugar donde cayó la nave —Ramatre extendió su mano al exterior de la cueva—. Seguro que llegaríamos allí en menos de una hora de camino, por la dirección que esos traidores se marcharon.

—No he visto el cadáver de Tahorlya. Debe seguir vivo. ¿Por qué no lo han matado si ya sabían por Kordo el sitio?

—Tal vez ese perro de Kordo sólo conocía la zona, pero no exactamente dónde, y Jartha no quiere perder el tiempo. Además, el viejo habrá hablado, no lo creo capaz de resistir ni una torcedura de su dedo gordo.

—¿Y los demás? Deben quedar vivos bastantes del grupo.

—Sí, claro —Ramatre se rió con su peculiar ironía—. Piensan en el botín, muchacho. A los carreros les habrán prometido la vida si colaboran. Los necesitan para que conduzcan las carretas que piensan llenar con cuanto rapiñen de la nave.

—Un momento. Estamos pensando que eso es sólo un objeto para ser saqueado. ¿Es que no pensamos en sus tripulantes? Pueden oponer resistencia, deben ser poderosos. Lo demuestra el mero hecho de poseer un vehículo estelar. Quizá intenten parlamentar cuando vean acercarse gente.

Ramatre entornó los ojos.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Una nave tripulada por alguien consciente no habría descendido en un terreno tan asqueroso como éste, ni habría descrito una ruta tan absurda como la que ejecutó.

—¡Qué sabes tú! —se rió Vankro.

—Vankro, en esa nave podrían venir los seres que formarían la avanzadilla de los laninkos, los exploradores que precederían su regreso masivo. Es una teoría, ¿no? Sin embargo me pregunto: ¿está tripulada o es gobernada por un mecanismo desde una gran

distancia? Ah, seguro que ahí dentro nos aguarda una sorpresa. ¿Desagradable? —Se volvió para mirar a Varan—. Esta noche decidiremos qué hacer, cuando él despierte.

7

El joven había intentado protestar varias veces, oponerse al plan de su padre que se le antojaba descabellado.

Pero Varan le repitió que no había otro, añadiendo:

—Sólo matando a los cabecillas, sorprendiéndolos, tendremos una posibilidad —miró a su hijo con cierto reproche—: ¿Qué podemos hacer en este desierto sin cabalgaduras ni agua? No debemos contar con la ayuda de Lujan; quizá no salga de la ciudad después de tu atolondrada escapada, hijo.

Vankro enrojeció. Aunque había dicho que confiaba en que Lujan hubiera partido poco después de que él lo hiciera, dejando la seguridad de Hongara al general Linder, no lo creía firmemente. Lujan podía tardar muchas horas en decidirse a salir al frente de un centenar de soldados de la guardia del Señor de Zhenland.

Cruzó su mirada con Ramatre. El poeta había estado asintiendo a todo lo que decía Varan, a pesar de que él estaba predestinado a protagonizar un papel bastante peligroso en la representación. El resto de los hombres escuchaba en silencio y en ninguno descubrió un gesto de miedo o de disconformidad. Fuera de la gruta protestaba el lagarto, sediento. El uyak no resistiría más de dos días sin probar alimentos.

—Entonces se hará así —dijo Varan, y contrajo el rostro.

Vankro sintió temor. Las heridas de su padre no parecían tan superficiales como éste le había asegurado. Ramatre, por su parte, se mostró reservado y dijo que no era médico, sino un mal aprendiz, para atreverse a emitir un diagnóstico.

—Saldremos dentro de diez minutos —añadió el Señor de Zhenland. Se puso en pie con algún esfuerzo y añadió—: Bueno, no debo quejarme porque iré cómodo.

Salió de la cueva y miró la litera que habían terminado los guerreros, usando los maderos que no se incendiaron en el

campamento.

Vankro se reunió con su padre, que se había apartado de los demás. Miraba en dirección al Norte, allá donde brillaban lejanas hogueras. Ahora, los conspiradores, seguros de no ser sorprendidos, no se ocultaban y preferían dormir al calor del fuego.

—De todas formas no habrán descuidado la vigilancia —dijo Varan al sentir la proximidad de su hijo.

—Me he comportado como un estúpido —dijo Vankro—. No podrás perdonarme nunca.

Varan sonrió.

—Quizá yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar si la mujer que amara la considerara en peligro.

—Usa mi uyak y huye a la ciudad, padre.

—Tú mismo has dicho la palabra: huir. Eso sería, una huida. No. Es el momento de usar la inteligencia. Yo también cometí el error de subestimar a mis contrarios, hijo, y a causa de mi torpeza han muerto muchos hombres, y lo triste es que tal vez el motivo no valga la pena. Esa condenada nave…

Mascullό una imprecación y se apoyó en una roca. Vankro volvió a temer por las heridas de su padre, pero sabía que era inútil intentar que desistiera de sus proyectos. Como si Varan le hubiera leído los pensamientos, le dijo:

—Ellos han acampado junto a la nave, estoy seguro. Quizá estén trabajando ahora en ella. Nuestra presencia les dejará sorprendidos. Si mis guerreros actúan como les he ordenado, podemos lograr que la suerte vuelva a sonreírnos. Vamos, es la hora.

Llamó a los hombres. Ramatre salió el primero de la cueva. Llevaba en las manos unos trozos de tela. Se dirigió hacia Vankro.

—No tenemos otra alternativa que esperar el amanecer, señor —dijo a Granfor un oficial, después de escupir al suelo—. Serían necesarias muchas antorchas para seguir allí abajo —y señaló el fondo del cráter rocoso.

Granfor, un hombre obeso y de enorme cuello que surgía de la túnica escarlata y polvorienta, meneó la cabeza con desesperación. Miró consultivo a Jartha.

—Al parecer tenemos que resignarnos, amigo —dijo el ciandalano—. La noche se nos ha venido encima.

El mercader de ganado bajó un par de metros por la ladera. Miró

a los guerreros y demás hombres de Jartha que regresaban del fondo. El resplandor de los hachones que portaban iluminó aún un instante la masa metálica medio enterrada. En aquel momento el geiser del otro lado del cráter brotó puntualmente y la gente que se retiraba apretó el paso. Incluso de noche, pensó Granfor, aquellos fenómenos eran más dantescos. Regresó junto a Jartha y le dijo:

—Perdimos mucho tiempo esta tarde sin decidirnos a acercarnos al vehículo.

Jartha lo miró con burla. ¿Acaso Granfor dio muestras de valor ante los demás cuando vieron varada la nave en el fondo del cráter? Fue el que menos se acercó de todos, y no protestó cuando le sugirió que debían aguardar antes de aproximarse.

La nave, ahora sumida en las sombras, era una masa de metal gris y mate, dos husos unidos en su centro de un largo de treinta metros y casi quince de diámetro.

—¿Qué haremos mañana? —preguntó Granfor.

—Hay una entrada, una puerta cerrada, a cada flanco de los dos cuerpos, más otra mayor en la masa que une a los dos cilindros…

—No son cilindros —le rectificó Granfor—. Por una parte son agudos y chatos por la otra.

Jartha miró de nuevo a su socio con desprecio. Luego intentó taladrar la oscuridad. La luna roja estaba demasiado inclinada hacia Poniente y apenas emitía unos destellos tras las montañas. Si al menos hubiera lucido aquella noche con el mejor de sus esplendores…

Pero no lo haría hasta dentro de una semana, pensó Jartha con despecho.

Envió al oficial a que recorriese los puestos de vigilancia. A otro guerrero lo mandó a que llevase a la gente de Tahorlya al lugar donde estaban los demás prisioneros. Vio a Kordo cerca de la tienda de lona, hablando con el guardia que había puesto allí Granfor para que vigilara a Isolda.

Los dos hombres echaron a caminar hacia la tienda.

—Estoy preocupado, Jartha —musitó Granfor.

—¿Por qué?

—Lo sabes bien. No estamos seguros si Varan ha muerto. Además, hemos calculado que se escaparon cuatro o cinco guerreros.

—Bah, poco pueden hacer sin monturas ni agua. Nos llevamos todo su equipo antes de llegar aquí. Si no supieran que acabarían como sus compañeros, se entregarían por un sorbo de agua —Jartha se detuvo y miró preocupado la sombra que se movía dentro de la tienda—. ¿Por qué trajiste a Isolda?

Granfor frunció el ceño y se restregó las manos.

—¿Con quién podía dejarla, dime?

—Sólo nos servirá de estorbo. Después de lo que ha visto dudo que nos obedezca cuando la sentemos en el trono de la ciudad.

—Ya te dije que la noche en que sorprendí a Vankro salir de su cuarto tuvimos una fuerte discusión.

—Eres un viejo estúpido, Granfor. Debiste adivinar que esa descarada se revolcaba todas las noches en su cama con el hijo de Varan —Jartha acentuó la dureza de su voz—. Y cometiste un gran error yendo al palacio a protestar ante Alehja, como un padre ofendido. ¡Pero si ni siquiera supiste representar tu papel!

—¿Cómo podía imaginar yo que Alehja supiera la verdad?

—Debía sospecharlo desde hacía tiempo. Pero lo peor fue el tremendo yerro que cometiste al día siguiente, confesando a Isolda la otra verdad.

Granfor agitó la cabeza y su papada pareció moverse como si fuera de gelatina.

—No me culpes de todo a mí —dijo nervioso—. Los dos estuvimos de acuerdo en que ella debía saber quiénes fueron sus padres verdaderos, para que se fuera haciendo a la idea de ser un día la dueña de los Tres pueblos.

—Debió enloquecer tanto por Vankro que no dudó en entregarse a él, a pesar de creerle el hijo de quien mató a su padre. Por los dioses del infierno, Granfor, ¿es que no podías mantener la calma el día en que discutiste con ella, hasta tal punto te enfureció que, para disminuir la hombría de Varan, le gritaste que él no fue capaz de matar a Forjian, sino que lo hizo Lujan?

—¿Qué importa ahora eso?

—Puede importar, Granfor, puede importar.

—Quizá no debimos venir nunca aquí, dejar que el viejo Tahorlya investigara solo…

—¡Qué flaca memoria tienes! Enseguida que Kordo nos informó, decidimos que tú vinieras a comprobar si se trataba de un meteoro

u otra cosa. Maldito seas, lo que no calculamos era que el viejo se obsesionara tanto con la idea de correr hasta aquí. Mi salida de la ciudad me ha comprometido de forma irreversible.

Granfor habría querido reprochar a su aliado no haber conseguido de Varan una negativa a las pretensiones de Tahorlya, pero lo veía tan furioso que no se atrevió a decir nada. ¿Para qué discutir más aquella noche? Estaba muy cansado y quería echarse en la cama y dormir, aunque temía que no lo iba a conseguir a causa de la proximidad de la misteriosa nave… ¿Quién les aseguraba que en aquellos instantes no se fraguaba en su interior una amenaza para ellos, los curiosos, los violadores en potencia de sus secretos?

De pronto, Jartha hizo gala de una cordialidad y alegría que extrañaron a Granfor. Poniéndole la mano sobre un hombro, el edil le dijo jovialmente:

—Tranquilo, amigo mío. Vete a dormir. Mañana será un buen día para nosotros, lo presiento. Regresaremos anunciando la muerte de Varan, o su desaparición, a causa de un desagradable accidente. Una noticia que consternará a su esposa y llenará de abatimiento a su fiel Lujan. Podría ser el momento adecuado para revelar el secreto de Isolda y reclamar sus derechos, y eso sería el principio del fin para el reinado de los Zhenland. El general Linder sabría de qué lado ponerse cuando viera las cosas tan claras para nuestra causa, no lo dudes.

Kordo se apartó del centinela al verles llegar y les hizo una profunda reverencia. Jartha le dirigió una sonrisa, pero sintiendo desprecio hacia un traidor como aquél. El jovenzuelo era un bribón que no había dudado en vender a su maestro que lo había alimentado y educado.

En aquel momento se produjo un revuelo cerca del puesto del centinela más próximo. Se escuchó su grito llamando al oficial de guardia, quien acudió corriendo seguido de dos guerreros.

—¿Qué sucede? —Preguntó Granfor, lleno de aprensión—. ¿Es que han descubierto a Lujan seguido de una fuerte escolta?

—Bah, te he dicho que Lujan no se atreverá a actuar por su cuenta, dejando la ciudad. Además, ¿cómo iba a sospechar que su valiente e inteligente Señor pudiera caer en una encerrona como un idiota?

Jartha se adelantó unos pasos. Puso los brazos en jarras y esperó el regreso del grupo. Dos hombres portaban antorchas, otros llevaban algo, como una camilla, y caminaban con pasos vacilantes a causa del peso que cargaban. El oficial se adelantó y le dijo:

—Señor, son supervivientes. Uno dice llamarse Ramatre y afirma que tú le escucharás. —El hombre dibujó una ladina sonrisa—. ¿Quieres molestarte en escucharle o los degollamos? Hay un herido; dos, mejor dicho.

El edil observó a los dos hombres que cargaban la camilla, improvisada con maderas, ocupada con un herido. El otro debía ser quien la agarraba por detrás. Tenía casi todo el rostro vendado y manchado de sangre. Ambos vestían ropas civiles, pero el que era cargado tenía restos de armadura en sus piernas.

Granfor se acercó al grupo y se inclinó sobre el herido más grave. Enseguida emitió un grito y se volvió hacia Jartha, anunciándole:

—¡Es Varan!

Jartha se encaró con el hombre joven que llevaba un laúd colgado del hombro.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

—Me llamo Ramatre, señor, e iba en la expedición de Tahorlya. Estaba fuera del campamento cuando se produjo el ataque.

—¿Qué buscas? —Jartha comprendió que la camilla había sido confeccionada con restos del carro incendiado—. Has estado en el campamento y seguro que viste la suerte que corrieron los hombres de Varan. ¿Por qué has venido a traernos a Varan hasta aquí?

—Porque necesito ayuda para salir de estos horribles parajes. —Hizo un gesto para indicar al otro joven que sostenía las varas de la camilla—. Para él y para mí.

—¿Qué le ha pasado en el rostro?

—Cayó y se hirió, señor; pero no es grave.

Jartha contempló, bajo la luz de las antorchas, el rostro demacrado de Varan, sus heridas mal curadas. Los ojos del Señor de Zhenland parecieron girar alocadamente al verle. De su boca sólo salió un gemido de rabia.

—¿Supones que tu servicio es lo bastante grande para haberte ganado el agua y la comida que necesitas, Ramatre? —preguntó Jartha.

—Claro que sí, señor. Encontré a este hombre moribundo. Pensé, sin dudarlo, que tú apreciarías mi servicio.

—Te has tomado un gran trabajo trayéndomelo. Me habría bastado su cabeza.

Ramatre hizo un gesto con la mirada al otro y los dos se agacharon para depositar la camilla en el suelo. Se restregó los doloridos brazos y dijo sonriente:

—Lo necesitarás vivo, señor. Y a mí también.

Jartha miró al trovador con asombro. Aquel tipo debía saber lo que decía o la sed le había trastornado la cabeza.

—No hagas que pierda la paciencia. Habla.

Ramatre miró por encima del hombro a los guerreros.

—A solas, señor —pidió.

Jartha echó a los demás con un gesto. Cuando se alejaron los guerreros pensó que había caído en una trampa al ver que Ramatre sacaba de la bolsa que colgaba de su otro hombro una pistola, cogiéndola con dos dedos por el cañón. Se la entregó al edil.

—Tómala. La llevaba Varan. Es su arma, señor. No temas nada de mí.

—¿Temer de ti? —Se rió Jartha—. No digas tonterías. Sigue.

Ramatre se atrevió a coger a Jartha de un brazo y lo retiró de la camilla varios metros. Granfor los siguió.

—Mientras curaba a Varan le escuché musitar cosas muy interesantes en su delirio, señor. Me dijo que él sabía cómo entrar en la nave y aprovecharse de sus secretos.

—Eso es mentira —cloqueó Granfor.

—Cállate —le exigió Jartha—. Puede ser verdad. Nosotros sospechábamos desde hacía tiempo que Varan y su esposa frecuentaban los sótanos del palacio prohibido. Quizás haya descubierto algo, el muy bribón.

—Eso parece ser, señor —asintió Ramatre—. Y es cierto, porque yo le vi en dos ocasiones en ese sótano.

—¿Te burlas de mí? ¿Tú en el sótano del palacio rojo?

—Como lo oyes, señor —sonrió Ramatre—. Tú puedes utilizar a Varan, aprovecharte de su debilidad. Quizá muera mañana o pasado mañana, pero su cerebro está tan débil que no resistiría un interrogatorio. Llévale ante la nave apenas amanezca. Si no quieres molestarte, déjame que sea yo quien le sonsaque. Sé cómo hacerlo.

—Explícame cómo viste a Varan en el sótano. Nadie puede entrar allí. Quizá lo haga él con la complicidad de la guardia, pero es imposible para un perillán como tú.

—Prométeme la vida para mí y mi amigo y seré tu más fiel servidor, te alegrarás de saber cuánto yo sé.

—¿Por qué tanto interés en ese maltrecho muchacho, un insignificante criado de Tahorlya?

Ramatre compuso una sonrisa que pretendía fuera de complicidad.

—¿Tengo que decírtelo todo? Oh, gracias a él, a que accedió a hacerme compañía y nos alejamos del campamento, no estábamos allí cuando se produjo tu valiente ataque, gran Jartha. En cierto modo le estoy agradecido, y me ha ayudado a traerte a Varan.

Jartha soltó una carcajada.

—Debí figurarme algo parecido, pervertido poeta. Está bien, te prometo que volveréis con vida a la ciudad, e incluso te recompensaré si me satisfacen tus palabras.

—Dalo por cierto, señor. Creo que quien domine los prodigios del sótano podría ser el dueño de la ciudad, señor. Te sería muy conveniente llegar hasta allí en secreto, antes de anunciar la muerte de Varan.

—¿Cómo? Aunque sólo hay pequeña guardia, cerca existe un cuartel con bastante tropa. Una pelea provocaría la alarma.

—Conozco un túnel que llega hasta él desde una casa de la plaza que está deshabitada, te lo juro.

—¿Cómo lo descubriste?

—No fui yo, sino mi talentoso padre —Ramatre cogió el laúd y tarareó—: «Y hoy bajo la ciudad de Hongara el misterio está aguardando. Que salga desde el subsuelo el poder de los humanos». ¿No me la has oído alguna vez? Unas canciones y varias monedas fue la única herencia que me dejó mi progenitor, además, por supuesto, de varios secretos que tú conocerás.

—No hagas caso a un trovador. Todos los de la ciudad son unos borrachos y unos mentirosos, ladrones… —dijo Granfor.

—No niego imaginación a ninguno de ellos, pero lo que nos ha dicho Ramatre es tan fantástico que por fuerza tiene que ser verdad —Jartha sonrió—. De acuerdo, trovador, vivirás. Claro que aún tienes que ganarte mi perdón.

Regresaron junto a Varan. Los soldados volvieron a acercarse. Jartha dijo al oficial:

—Que esos dos beban y coman cuanto quieran —señaló a Varan—. Ramatre cuidará luego de él. Poeta, si se te muere te degollaré.

—Lo cuidaré, señor —aseguró Ramatre. Cogió al otro herido y le acarició la mejilla que llevaba al descubierto—. Ekado y yo te lo mantendremos con vida hasta el amanecer.

—Anota todo cuanto diga en su delirio.

—Lo anotaré, señor.

Ramatre y el llamado Ekado cargaron con la litera y siguieron al oficial que les iba a indicar dónde pasarían la noche.

—¿Es que tú has creído algo a ese pederasta? —preguntó Granfor.

Jartha examinó la pistola de Varan.

—Ahora no hay nadie cerca de aquí con un arma. Podrás dormir a pierna suelta, Granfor. Lástima que este láser haya perdido su energía. Pero es su trofeo, ¿no? Vamos, vete a tu tienda y duerme, que mañana nos divertiremos.

8

El oficial los dejó debajo de una simple lona sostenida con dos lanzas, muy cerca de donde dormía el resto de los soldados y a unos veinte metros de la tienda mayor del campamento.

Ramatre, cuando se quedaron solos, examinó las heridas de Varan y su gesto fue de preocupación. Vankro se rascó el vendaje a la altura de la oreja derecha y contempló a su padre, que intentó sonreírles.

—¿Por qué no me dijiste que sus heridas no eran superficiales? —Protestó Vankro—. Está grave, no necesita fingir fiebre. ¡La tiene!

—Cálmate, hijo —le pidió Varan—. Se me pasará pronto. Ramatre, ¿dónde están los prisioneros?

—Al otro lado de donde duermen los soldados. He contado cuatro de guardia y doce descansando. Quedan unos veinte hombres de la expedición de Tahorlya, además de los cinco científicos que salieron con él de la ciudad. No lo veo muy claro, señor.

—¡Claro que no! —Gimió Vankro—. Nos hemos metido en la boca del lobo. ¿Por qué acepté tu plan, padre?

—Porque comprendiste que era la única forma de escapar. Aquí hay uyaks, lo que necesitamos para huir. Los seis guerreros nos esperarán cerca, prestos a ayudarnos cuando nosotros espantemos a los lagartos.

Ramatre había empezado a amontonar rocas, siempre mirando hacia atrás para asegurarse de que no le veían. Hizo dos simulacros de cuerpos que dormían y los cubrió con mantas.

—Dentro de unos minutos todos estarán dormidos, y hasta dentro de una hora no cambiarán la guardia —dijo el trovador, miró a Varan y le preguntó—: ¿Estás seguro de poder andar, Señor?

Varan se sentó y casi logró ocultar un gesto de dolor. De debajo de la litera sacó el láser que Lujan había entregado a Vankro. Dijo a

su hijo:

—Deberías llevarlo tú. Es tuyo.

Vankro extrajo la espada que había pasado oculta como el láser. Se preguntó qué habría ocurrido de haberse producido un registro.

—En tus manos será más efectivo, padre —dijo—. Yo manejaré la espada.

Ramatre mostró media docena de pequeños cuchillos.

—Yo prefiero esto. Es más efectivo y silencioso. Bien lanzados, como sé hacerlo, evita el desagradable cuerpo a cuerpo.

Vankro salió reptando y se aseguró de que los soldados dormían pierna suelta. Miró la tienda. Mientras caminaba tras el oficial había visto a Isolda asomada en la puerta. Se volvió y dijo:

—Saldré primero, como convinimos.

Ramatre le dijo sin atreverse a mirarle:

—Te comprendo, pero sigo opinando que Isolda seguiría estando segura con Granfor, y pretender llevársela va a complicarlo todo.

Vankro lo fulminó con la mirada.

—No la dejaré para que cargue con la furia de su padrastro.

—Recuerda, hijo, pasaremos cerca de la nave para huir cuando hayamos sacado a los uyaks del corral. Por ahí no se atreverán a perseguirnos en el primer momento.

El joven habría abrazado a su padre. Se limitó a estrecharle una mano y ahogó un lamento cuando se retiró de nuevo. ¿Por qué fue tan estúpido que le creyó? La herida del arma blanca no revestía ningún peligro, pero el disparo del láser no había sido tan inofensivo como pretendía hacerle creer.

Vankro sujetó la espada con sus dientes y se arrastró en dirección a la tienda de Isolda. La que ocupaba Granfor estaba un poco más allá y se preguntó si debía perder algunos minutos en entrar y cortarle el cuello.

Pensó que a él le había correspondido la tarea más sencilla, además de que era la que deseaba llevar a cabo. Su padre se ocuparía de sacar los uyaks de su recinto y Ramatre de silenciar al centinela que vigilaba a los prisioneros y de advertir a éstos que si querían salvar la vida tenían que correr hacia las sombras que rodeaban la nave.

¿Cuántos lograrían escapar de allí? Contaban con la ayuda de los seis guerreros que ya debían estar apostados al otro lado del

campamento, pero éstos sólo tenían sus dardos, mientras que el enemigo disponía de tres láseres como pocos.

El viejo Tahorlya no iba a pasarlo bien, pensó con pesar.

Había llegado hasta la tienda y efectuó un corte en la lona con su afilada daga. Metió la cabeza y susurró el nombre de Isolda.

La vio sentada, mirándole sorprendida.

—¡Vankro! —susurró ella cuando él se deshizo del burdo vendaje que ocultaba su rostro.

En aquel momento, cuando intentó acabar de entrar, sintió que varias manos tiraban de sus piernas y le sacaban de la tienda, al tiempo que una bota le golpeaba en los riñones y una voz llena de burla, la de Jartha, le decía:

—El lobezno vino acompañando a su padre moribundo, el viejo lobo.

Vankro intentó revolverse. El plano de un hacha cayó sobre su mano que intentaba coger la espada por el mango. Dentro de la tienda, Isolda insultaba a Granfor, que pretendía impedirle salir.

Varan consiguió llevar a los uyaks hasta cerca de la nave. Algunas bestias habían escapado, pero tenía reunidas a más de treinta que le siguieron dócilmente. A duras penas lograba mantenerlas en silencio. Miró ansiosamente hacia el campamento, esperando la llegada de su hijo con Isolda y la de Ramatre con los prisioneros.

Por un momento se volvió y se estremeció al sentir tan cerca el fuselaje de la nave, una masa oscura que, paradójicamente se destacaba en la oscuridad. Llegó a tocar su metal y lo sintió tan frío que la palma de su mano pareció haber tocado un acero candente.

En aquel instante se elevó un griterío en el campamento, aparecieron sombras corriendo, muchos hombres asustados. Varan los llamó, los uyaks se pusieron nerviosos y varios echaron a correr. Ayudados únicamente por el resplandor que procedía del campamento, algunos fugitivos consiguieron elevarse sobre la grupa de un lagarto y dominarlo.

Varan buscó desesperadamente a su hijo en medio del tumulto. Vio a Tahorlya caer de bruces, empujado por un carrero enloquecido de miedo. Un científico intentó que su uyak se alejara, pero un cegador trazo de luz cruzó el aire y lo derribó al suelo. Se acercaba gente, guerreros armados de espadas y lanzas y dos o tres

de ellos con láseres que disparaban contra los que huían.

Él Señor de Zhenland comprendió que la fuga había sido descubierta. Rebosando rabia, Varan amartilló la pistola y caminó renqueante unos pasos, abrumado por la fiebre que le aumentaba. Le dolía la herida y apenas podía mover el brazo izquierdo.

Tuvo que apartarse para que un uyak no le arrollase. Retrocedió y sintió que su espalda golpeaba la nave, y el metal no se le antojó tan frío, sino algo cálido que parecía querer acogerle.

Se acercaban hombres portando hachones y la oscuridad se alejó un poco. Varan apenas entrevió que Ramatre era sujetado por dos guerreros de Jartha. Luego, una parte de la nave acabó cediendo y él caía a lo que se le antojó un túnel lóbrego e interminable. Dejó de oír los ruidos y maldiciones del exterior y le rodeó un silencio total.

Jartha bajó dos dedos de su mano derecha y dijo:

—No hay la menor duda, Granfor. ¡Son tres hombres los que vieron a Varan ser engullidos por la nave, exactamente por aquí!

Granfor había estado negando, diciendo que era imposible. Efectivamente, allí donde señalaba Jartha había una puerta, pero nadie pudo moverla, elevarla o hundirla. Estaba profundamente preocupado. Había amanecido y todavía no estaban reunidos todos los uyaks. Varios guerreros seguían buscándolos y otros rodeaban al grupo de fugitivos frustrados, llenos de desaliento y sentados en el suelo, con las cabezas bajas y humillados.

El mercader y conspirador, si hubiera tenido el valor suficiente, habría recriminado a Jartha. Si sabía que Varan no estaba tan gravemente herido y el otro joven era Vankro, ¿por qué había dejado que las cosas fueran tan lejos? Jartha quiso jugar con ellos como el domador con su fiera y no previó que los tres tenían pensado actuar tan pronto, no esperar al amanecer. Aunque sorprendió a Vankro cuando se reunía con Isolda, no evitó que Varan sacara a los lagartos y Ramatre matara el centinela y libertara a los prisioneros. No le valía el hecho de que de éstos habían muerto cinco y ninguno lograra huir. A Granfor le irritaba la superioridad que mostraba Jartha, pese a su fracaso.

¡Y ahora pretendía hacerle creer que Varan se había refugiado dentro de la nave! Granfor la miró con respeto. A la luz del amanecer le parecía tan imponente como cuando la vio con el sol ocultándose tras el horizonte.

—Está bien… —asintió—. Admitamos que Varan está ahí dentro. ¿Qué hacemos?

Jartha paseó nervioso. A unos metros de él estaban Vankro y Ramatre. Algo alejada, Isolda era testigo de la escena. Tenía atadas las manos y la cabeza erguida. En su mejilla derecha lucía la señal de una bofetada de Granfor, a quien arañó profundamente cuanto intentó retenerla.

El edil soltó un exabrupto. Seguía pensando que la sangre de varios prisioneros, sobre todo la de Vankro y Ramatre, le aplacarían. Granfor logró convencerle de que al trovador debía conservarle la vida. Tal vez no había dicho ninguna mentira y sabía cómo llegar al sótano por un túnel secreto.

Jartha había captado en sus hombres un creciente nerviosismo. Todos querían marcharse de allí, incluso sus oficiales. Veían a la nave como algo caído del cielo, quizá enviado por los dioses, aunque no sabían si era un regalo o un vehículo para castigarlos. Tenía que decidir pronto, no dilatar por más tiempo la estancia en aquel lugar.

Sacó el láser y se entretuvo ajustando la potencia de su disparo al máximo.

Dijo a Granfor:

—Dispararé contra la puerta. Haré una entrada en ella.

Granfor palideció. Se dijo que nadie podía predecir las consecuencias que acarrearía aquello.

Jartha tampoco estaba muy convencido de la efectividad de su idea, pero ya la había dicho en voz alta y no podía volverse atrás. Mientras avanzaba hacia la nave, observó que algunos de sus guerreros retrocedían. El miedo o el respeto los empujaba hacia atrás.

Despacio, Jartha alzó el brazo y apuntó hacia la puerta ovalada. Junto a ella, en el suelo arenoso, había huellas, tal vez las de Varan.

Iba a apretar el gatillo cuando escuchó un grito prolongado a sus espaldas. Los demás habían visto antes que él, a pesar de estar observándola a través del punto de mira, que la puerta ovalada se dividía en dos secciones y ambas se deslizaban hacia los lados, dejando al descubierto un círculo iluminado y nuboso.

Jartha bajó el arma e inmediatamente pensó que aquella maniobra era una invitación, aunque podía temer que fuera a una

trampa. Tragó saliva y, lleno de turbación, viendo cómo sus hombres seguían retrocediendo, consultó en silencio con la mirada a Granfor.

—Vamos, entra y busca a Varan, sácalo de ahí —le apremió el mercader.

Jartha sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Haremos algo mejor —se le antojaba espesa la atmósfera iluminada del interior, tal vez venenosa. Separó a Ramatre del lado de Vankro—. Iras tú.

—¿Quieres usarme como un conejillo de esos que tienen los médicos para sus experimentos? —preguntó el trovador, pálido—. ¿Tienes miedo a que Varan te espere y te mate? ¿O es por los tripulantes?

Jartha extrajo su cuchillo y apretó la punta sobre la yugular de Ramatre.

—Irás o te rebanaré el cuello. Busca a Varan y dile que si no sale contigo mataré a su hijo y a cuantos prisioneros tengo, y luego en la ciudad me ocuparé de su esposa.

—¿Y si Varan no está o lo encuentro muerto?

—Entonces regresa, pero si nos mientes no te valdrá de nada porque volverás a entrar y yo estaré detrás de ti. ¿Entiendes?

Granfor soltó una carcajada, producto de su miedo y nerviosismo.

—Te ataremos una cuerda a la cintura, una cuerda de acero, que no podrás romper ni cortar. Te salvaremos si los monstruos del interior empiezan a devorarte —dijo en son de broma.

Pero Jartha le recriminó sus palabras con una mirada fulminante. No era el momento de decir tonterías, que los hombres podían tomarlas como predicciones fundadas.

Ataron a Ramatre a la cintura, fuertemente, un cable de acero, flexible y muy difícil de mellar. Era parte del botín del Santuario, un recuerdo de la alta tecnología que disfrutaban sus antepasados cuando llegaron al planeta.

Luego empujaron a Ramatre, pero éste insistió en llevarse su laúd, alegando que sin él perdía el poco valor que tenía.

Jartha se lo entregó, ansioso por verle desaparecer dentro de la nave.

El trovador cruzó despacio el umbral y su figura se difuminó

enseguida.

Vankro lo llamó y quiso seguirle, pero un lancero le golpeó en la espalda con la contera de su lanza y lo derribó al suelo.

Ramatre pensó que estaba sumido dentro de una espesa niebla. Al cabo de unos segundos abrió la boca. No había querido respirar aquel aire, pero se ahogaba y lo tragó con ansia. Se dijo que no estaba mal del todo. Si poseía algún veneno con efecto retardado ya sólo podía esperar y averiguar cuándo lo haría.

La niebla se disipó súbitamente y se encontró en un angosto pasillo que ascendía. Llegó hasta arriba y luego comprobó que se desviaba hacia la izquierda. Hizo en su mente un rápido dibujo de cómo era la nave por su exterior y calculó que estaba pasando al otro cuerpo a través del bloque que los unía.

Se sorprendió al darse cuenta de que andaba con firmeza, sin ningún titubeo. Desde que entró habíase imaginado que una lejana voz le llevaba y sabía que marchaba por la dirección correcta.

Aunque a ambos lados del pasillo veía puertas cerradas, no sintió curiosidad por abrir ninguna y saber lo que había detrás de ellas.

Volvió a descender el pasillo y se encontró con una abertura al frente. La cruzó y se detuvo cuando por fin estuvo en un lugar espacioso. Las paredes, el suelo y el techo parecían carecer de toda unión. En el centro de la extraña estancia había un vehículo brillante, parecido a uno de los husos de la nave. Notó enseguida que una sección de babor sufría desperfectos, cerca de una parte de la carlinga que permanecía abierta.

Ramatre tiró del cordel de acero. Notó alguna resistencia, pero acabó cediendo y anduvo hacia la nave. Se asombraba al no sentir ningún miedo, de que le pareciera todo tan natural. Un sexto sentido le aseguraba que allí no iba a toparse con ningún peligro.

Pero cuando giró la cabeza y descubrió a Varan sentado en el suelo, junto a la carlinga abierta, toda su seguridad se vino abajo y estuvo a punto de dejar caer el laúd.

Varan tenía la palidez de un cadáver, y Ramatre se preguntó si ya lo era.

9

Se había inclinado y empezó a buscar en Varan algún indicio de vida.

—Hola, poeta —sonrió Varan tras abrir los ojos. Su rostro se crispó y se llevó torpemente una mano al lugar donde tenía la herida del láser—. Si estás aquí supongo que el viajero me comprendió y abrió la puerta. ¿Cómo están las cosas ahí fuera? Quizá no debía alegrarme al verte. Es mala señal, ¿no?

—Regular, Señor. ¿Para qué mentirte? No conseguimos escapar. Ya ves, me ataron como a un perro para que no me perdiera. Quieren que te saque de aquí. ¿Qué has hecho estas horas dentro de la nave?

—Hablar. Estuve hablando hasta que el viajero, cansado de sufrir, se despidió de mí y desconectó los mecanismos que le mantenían con vida.

—¿De quién hablas? Este lugar está vacío.

—No. Mira ahí —Varan señaló la carlinga.

Ramatre se alzó y echó un vistazo al interior. Al principio no comprendió lo que había allí dentro. Veía algo extraño sentado en un gran sillón, un ser de proporciones monstruosas, de aspecto lejanamente humano. Tenía la cabeza grande, tal vez pareciera más porque la tenía toda cubierta de tubos y sondas. Varios cables surgían de su cuerpo blanquecino y se perdían tras el respaldo del asiento. Su quietud indicaba al trovador que estaba muerto.

Regresó junto a Varan y se arrodilló a su lado.

—Te sacaré fuera…

—Nada de eso. ¿No me esperan para acabar de rematarme?

—¿Qué podemos hacer? —Ramatre se fijó en la pistola de Vankro que tenía Varan al lado. Pensó en salir y morir matando.

—Escúchame atentamente y luego no reflejes en una canción lo que voy a decirte, porque no es conveniente que desfigures nada,

como soléis hacer los poetas. Me quedan pocos minutos de vida, lo sé. Tú también presentías que mi vida se escapaba por esta herida, ¿verdad?

Ramatre asintió. Varan sólo consiguió engañar al principio a su hijo, pero en ningún momento a él. Por eso accedió al plan desesperado del Señor de Zhenland, en el que arriesgaba más que nadie. Varan estaba condenado a morir. Ya era un prodigio que siguiera viviendo.

—Ese ser me captó en el exterior y me hizo entrar, ignoro por qué motivos. Me trajo hasta aquí y me estuvo examinando. Luego me habló y…

—¿Cómo lo entendiste? —Ramatre recordó la boca deforme de la criatura. Le costaba admitir que de ella salieran sonidos humanos. ¿Acaso se entendió Varan telepáticamente con él?

—Ramatre, no me interrumpas mucho, o no acabaré. Ese ser habla nuestra lengua, no te sorprendas. Un poco brutal, pero usó nuestras mismas palabras. Al parecer, en el Universo existe un lenguaje común en muchas criaturas, aunque sean de distinta raza. ¿Qué sabemos nosotros?

»No todo fue muy claro, y lo siento. En su agonía, el viajero me contó de dónde procedía, de un mundo o una nación cuyo nombre es Hiyagala. ¿O se trataba de su religión o el título que poseía? Después de un larguísimo viaje, se detuvo cerca de la luna roja y la estuvo observando, creo que con un fin determinado. Eludió decirme si su intención se centraba también en Hongara, en nosotros. Lo cierto es que fue atacado cuando orbitaba el satélite a bordo de la nave donde ha muerto, un vehículo de exploración. Con muchas dificultades logró regresar a la nave nodriza, pero estaba demasiado malherido y no pudo salir de la carlinga. Gobernó esta nave por control remoto y la condujo hasta la superficie del planeta, con la intención de analizar sus heridas, curarlas o…, morir si no estaba en sus manos el medio de hacerlo.

—¿Atacado desde la luna roja? ¿No es un cuerpo muerto y pequeño?

Varan negó con la cabeza.

—El viajero me insinuó que allí no había vida, pero aún persisten los antiquísimos sistemas defensivos.

—Yo pensé que a bordo de esta nave estaban los enviados por

los laninkos para averiguar cómo se encontraba su viejo mundo.

—Ya has visto que no es un laninko, sino un ser inteligente nada parecido a nosotros.

—¿Por qué te contó todo eso, Varan?

—Te digo que su relato era confuso. Me dijo que sufría mucho, que se mantenía con vida artificialmente y sólo pensaba en desconectar el sistema vital para descansar de una vez. Me advirtió que poco después de que muriese yo debía salir de aquí. Creo que me escuchó cuando le respondí que no iba a hacer solo el último viaje, sino que tendría un inesperado compañero.

Ramatre se humedeció los resecos labios. Era increíble el estoicismo de Varan. Sintió un leve tirón del cable que rodeaba su cintura. Los de fuera parecían impacientarse. En cualquier momento tirarían de él con brusquedad. Agarró la pistola y la metió dentro del laúd después de romper las cuerdas. Varan asintió ante su gesto.

—Tómala y úsala como mejor puedas. ¿Cómo está mi hijo?

—Bien, ni un rasguño. Creo que quieren conservarlo como rehén…

—No me mientas, no es necesario. Lo matarán tarde o temprano. Si vuelves a ver a Alehja le dices que le dejo todo mi amor.

—Vamos, Señor. Te sacaré de aquí.

—¡Quieto, poeta iluso! —le rechazó Varan—. Has de saber que el viajero me advirtió que todo esto se destruirá. Lo dejó dispuesto así antes de morir. Dentro de apenas unos minutos. Vete, no pierdas más tiempo, y dile a Vankro y a mi esposa lo que has visto. No se obtendrá ningún botín material de esta nave, pero sí algunos conocimientos más. Eres un buen muchacho, no dejes nunca solo a Vankro; cuídale.

—No sé cómo, pero salvaré a Vankro, y algún día sabremos todo lo que necesitan los Tres pueblos.

Varan alzó una mano con la intención de que Ramatre se la estrechara, pero antes de que el poeta la cogiera, el herido la dejó caer y echó su cabeza a un lado.

Ramatre retrocedió un paso. Un nuevo tirón a su cintura, doloroso, le recordó que debía escapar de allí. Echó una última mirada a Varan, al ser apenas visible dentro de la carlinga, y a la fría superficie de la estancia.

Hizo la prueba de sacar la pistola del laúd. Necesitó demasiados

segundos, pensó. La amartilló y de un disparo cortó el cordel de acero. Luego la reintegró al escondite y echó a correr hacia la salida, a cada instante temiendo verse rodeado por un destello. Nunca había visto una destrucción como la profetizada por Varan, pero se imaginó que sería como encontrarse en medio de un rayo o sobre el agujero de un geiser en plena erupción.

Pasó a la otra sección de la nave e hizo una frenética carrera hasta alcanzar la bruma y arrojarse a ella, a la salida.

Tal vez fue debido a su imaginación, producto del miedo que crecía en todo su ser, pero por un momento creyó que cada átomo de la nave crujía y todo se volvía púrpura a su alrededor.

Saltó al exterior y rodó por el suelo reseco. Quedó sobre su laúd, que había roto a propósito, alzó la mirada y vio que le rodeaban varios hombres, entre ellos un ansioso Jartha y un temeroso Granfor.

—¡Marchaos todos! ¡Rápido! ¡Corred si queréis salvaros!

—¿Qué dices, loco? —Le espetó Jartha—. ¿Qué has visto ahí dentro que te ha desencajado las facciones? ¿Qué diablos hay?

De todas formas, nadie se acercó más a él. Ramatre se fijó que Vankro no estaba tan vigilado y la muchacha se acercaba a él sigilosamente, mientras el grupo de prisioneros se mantenía el más apartado.

Casi con la cara rozando el suelo, Ramatre hurgó entre las astillas de su laúd y se aferró a la pistola. Pasó el dedo por delante del gatillo y dijo, aumentando el paroxismo de su voz:

—¡Esa nave va a estallar como un volcán, a reventar y su fuego nos alcanzará a todos!

Se levantó un clamor de estupor, pero un guerrero, señalando a Ramatre, rompió el ambiente de confusión que intentaba crear el trovador.

—¡Se ha deshecho del cable! —gritó.

Ramatre hizo aparecer la pistola y la disparó contra el guerrero. Era la primera vez que usaba un láser, sólo sabía cómo hacerlo de ver a Vankro ejercitarse en el tiro. Su segundo disparo arrasó la cadera de Jartha.

Cuando temía que una lluvia de lanzas fuera a caer sobre él, Ramatre observó que el miedo hacía huir a los guerreros de Jartha. Granfor, como si se le hubiera aparecido un dios, se postraba de

hinojos y suplicaba por su vida.

Confundido, el trovador giró la cabeza y miró la nave. Todo el fuselaje gris se iba tornando violeta, como si una hoguera gigantesca se hubiera prendido en su interior.

La gente huía despavorida, gritando con desafuero. Resbalando a causa de querer correr tanto, Ramatre consiguió llegar junto a Vankro y lo desató. Luego, éste liberó a Isolda de sus ligaduras, y los tres, volviendo la espalda a la nave, indicaron a los prisioneros que se pusieran a salvo y se lanzaron a una carrera frenética.

Por un momento, Isolda se detuvo junto a Granfor y titubeó. Habían sido muchos años de llamarle padre, hasta que el mercader le contó la verdad e hizo que un odio violento prendiera en el alma de la muchacha.

—¿Quieres que lo saque de aquí? —le preguntó Vankro.

Isolda iba a asentir con la cabeza cuando Granfor se arrastró hacia la nave y habló incomprensibles palabras. Vankro intentó alzarlo, pero no lo consiguió.

El mercader pesaba demasiado.

—¿Queréis morir, necios? —Le preguntó Ramatre—. ¡Corred! ¡Corred todo cuanto podáis porque desconozco cómo será de terrorífica la explosión!

Se olvidaron del mercader. Unos uyaks trotaban asustados cerca y los asieron por las bridas. Ramatre gritaba a los prisioneros que se apoderaran de cuantas bestias pudieran. Vio que Kordo intentaba montar en una, pero no era un buen jinete y el lagarto lo arrojó lejos y luego otro que llegaba corriendo lo pisoteó brutalmente.

El trovador descubrió al viejo Tahorlya ir de un lado a otro, totalmente desorientado. Lo sujetó por las axilas y lo izó sobre su montura, depositándolo delante de él.

El rugido suave que había surgido de la nave se convirtió en un silbido agudo, penetrante y doloroso en los oídos de cuantos pretendían escapar.

Vankro, sujetando a Isolda por la cintura y llevando a su uyak como mejor podía, volvió la cabeza y miró hacia la nave.

Los dos cilindros y su conexión poseían un elevado tinte rojizo. De pronto se convirtió en blanco y se produjo la destrucción.

No hubo ningún estruendo ni el aire se cubrió de trozos de la nave.

Suavemente, el vehículo estelar se fue encogiendo. Perdió su blancura a medida que empequeñecía.

El proceso apenas duró unos segundos.

La fuga se detuvo y la mayoría de los que escapaban pudieron contemplar que en el rocoso terreno sólo quedaba una mancha oscura, ningún rastro más que indicara que allí hubo una gran nave.

Ramatre resopló y dijo jadeante:

—Un fiasco, eso es lo que ha sido, Vankro.

Vankro tranquilizó su uyak y dijo que debían esperar a los demás. Ya no tenía nada que temer de los guerreros ciandalanos que siguieron a Jartha. Sin jefe, éstos se someterían a la legitimidad de Vankro, el nuevo Señor de Hongara.

Ramatre dejó que el agotado Tahorlya bajara del lagarto y se enfrentó con la mirada interrogante de su amigo.

—Espero que me digas lo que sepas, Ramatre —susurró Vankro —. ¿Estaba mi padre dentro de la nave?

El trovador asintió. Le mostró la pistola.

—Es tuya de nuevo —dijo—. Te lo explicaré todo mientras salimos de este infierno.

A lo lejos reventó una columna de vapor. Alrededor de la mancha oscura se esparcían varios cadáveres, entre ellos el de Granfor. Vankro ordenó que se enterrasen los muertos.

Una hora después de salir del desierto, cuando avistaron en la lejanía la columna que se aproximaba, Vankro hizo una señal con la mano para que la agotada caravana se detuviera.

La aguda vista de Ramatre le permitió anunciar:

—Tu madre y Lujan vienen al frente, Vankro.

El muchacho apretó los labios y se esforzó por mantenerse sereno. Quería comportarse con toda la dignidad que su nuevo rango le confería en el momento que anunciara a su madre lo ocurrido.

Isolda se acercó más a él y Vankro la cogió de la mano. Así, ambos se adelantaron al paso lento de sus lagartos, saliendo al encuentro de los que llegaban.

Lujan comprendió muchas cosas al ver el gesto adusto de Vankro, la seriedad de Ramatre y la impasibilidad de Isolda. Detrás de estos tres, el cansancio de los demás y la resignación en los prisioneros ciandalanos acabaron de proporcionarle un retrato de

los hechos.

Lo que más le angustió fue la ausencia de Varan.

Alehja giró la cabeza y buscó el apoyo de su mirada. Lujan no pudo hacer otra cosa que bajar los ojos.

Luego, la señora de Zhenland animó a su uyak para que la llevara junto a su hijo.

El general se apartó y buscó a Ramatre. Ambos se encontraron lejos de todos y Lujan le preguntó:

—¿Cómo murió?

El trovador, antes de responder, contempló a Alehja y su hijo abrazados ante la presencia de Isolda. Luego se fundieron los tres y parecieron llorar juntos.

—Hablando, Lujan. Varan murió hablando, y con una sonrisa en sus labios si el dolor se lo hubiera permitido.

—¿Era una nave o un montón de rocas y metales sin valor?

—Una nave, y llevando a un ser extraño a bordo que dialogó con Varan, ambos ya moribundos. Por eso te he dicho que mi Señor murió hablando.

Lujan descabalgó y Ramatre también. Miraron al grupo formado por Alehja, Vankro e Isolda. Las dos comitivas se detendrían allí unos instantes antes de proseguir el camino hacia la ciudad.

—¿Todo bien cuando la dejaste, Lujan?

—Sí, creo. Dime, Ramatre, ¿es que tú estuviste al lado de Varan durante sus últimos momentos?

Ramatre sabía que podía confiárselo todo a Lujan, y comprendió que tenía tiempo y se lo contó.

—Así que no eran laninkos. Alehja temía que volvieran a reclamar lo suyo.

—Tal vez ya no existan los laninkos, pero sí hay otras razas que están empezando a aproximarse a este mundo, Lujan, y eso puede ser tan funesto o más que la vuelta de los constructores de la ciudad.

Cerca del horizonte flotaba la luna roja. Lujan la miró.

—¿Qué habrá dentro de ella? —Lujan agitó la cabeza. Sonrió con dificultad. De su mente no se apartaba la idea de la muerte de su viejo amigo. Pensó si en algún momento lograría llorarle. Por ahora sólo sentía una pena y una angustia infinita—. ¿Sabes que mientras trataba de convencer a Alehja para que saliéramos de la

ciudad con una fuerte escolta no dejaba de pensar que si nos apoderábamos de la nave…?

Lujan le vio hacer un gesto brusco al callarse. Como si Lujan considerase de pronto que no era el momento adecuado para manifestarle sus pensamientos.

—Sigue —le animó con una sonrisa.

—Era un sueño, un viejo deseo —dijo Lujan tristemente—. Cuando Alehja, Varan y yo, descubrimos una noche que esa bola roja no es natural, particularmente abrigué la esperanza de subir algún día y averiguar lo que es en realidad. Ya ves, pensé que teniendo una nave aprenderíamos alguna vez a pilotarla y recorrer las setenta mil millas que nos separan de la luna. Una tontería.

—No pienses que habría sido imposible, general. Si Alehja consigue superar su dolor, volverá a investigar, y ahora no lo hará sola. Los Tres pueblos terminarán uniéndose y olvidando sus estúpidas rencillas. Tendrán que hacerlo cuando conozcan lo que ha pasado, que no estamos solos en medio de las estrellas.

—Eso es evidente, lo era ya, ¿no?

—Siento que se hayan esfumado tus esperanzas, general. ¿Puedo decirte que nunca te imaginé tan…, humano?

Lujan se encogió de hombros. Aquél era un maldito día, pero se permitió una sonrisa y dijo a Ramatre con cordialidad.

—Y yo debo rectificar la opinión que tenía de ti. ¿Cuándo llegaremos a comprender a los poetas?

—Tal vez cuando sepamos cómo son ciertos generales.

Lujan le pasó el brazo a Ramatre por los hombros y le indicó que debían unirse con los demás. Fue conduciendo al trovador como si se tratase de su hijo.

—Ahora tengo que cumplir con el penoso deber de presentar mis condolencias al nuevo Señor.

—Lo hará bien, no lo dudes —Ramatre recordó la petición que le hizo Varan de que siempre estuviera al lado de su hijo. Pensó si no sería una carga demasiado pesada para él. Echaría de menos su laúd y su puesto en las esquinas cantando bajo el sol pero de cara a la multitud siempre, sabiendo comprenderla.

—Quiero decirte, Ramatre, que uno jamás pierde las esperanzas si quiere.

—Eso es cierto, pero me gustaría que me dijeras el secreto.

—Buscando un elemento de recambio.

—Ahora no te entiendo…

Lujan lo detuvo y le dijo mirándolo a los ojos.

—Aunque Vankro tenga la compañía de Isolda, un hombre siempre necesita a sus amigos. Tú serás de nuestro grupo. Quiero que me ayudes, me alientes a no desfallecer en mi búsqueda de esas naves que usó el guardián Inkoss para traer a los demonios khrislos. Deben estar en alguna parte del Norte Tenebroso, y aunque se quedaron sin energía, de alguna manera se pueden volver a poner en condiciones. Ése es el sustituto en el que vuelvo a depositar mis esperanzas, Ramatre.

—Deberíamos darnos prisa, ¿no? —sonrió Ramatre.

—Sí, aunque el viajero de… ¿Dónde dices que venía?

—Hiyagala, pero no puedo asegurarte si es el nombre de su raza, el suyo propio o los dioses sabrán qué.

—Bien, de Hiyagala. Varan no te dijo que tuviera tiempo de avisar a los suyos, y realmente no sabemos si sus intenciones son pacíficas o no, pero debemos apresurarnos. Nuestros antepasados huyeron de algo. ¿Podría ser de Hiyagala o lo que este nombre signifique?

—Esperemos que no, Lujan. Ese ser monstruoso, furioso, puede resultar terrorífico. De todas formas…

—No silencies tus pensamientos. Recuerda que vamos a trabajar muy unidos.

—Has despertado mi curiosidad, hasta tal punto que me arriesgaría a entrar en el Norte Tenebroso.

—Tarde o temprano tendremos que hacerlo. Nos queda demasiado de este mundo por explorar.

Y Ramatre se preguntó si no quedarían más secretos que descubrir a lo largo de toda la Zona Central.

FIN